

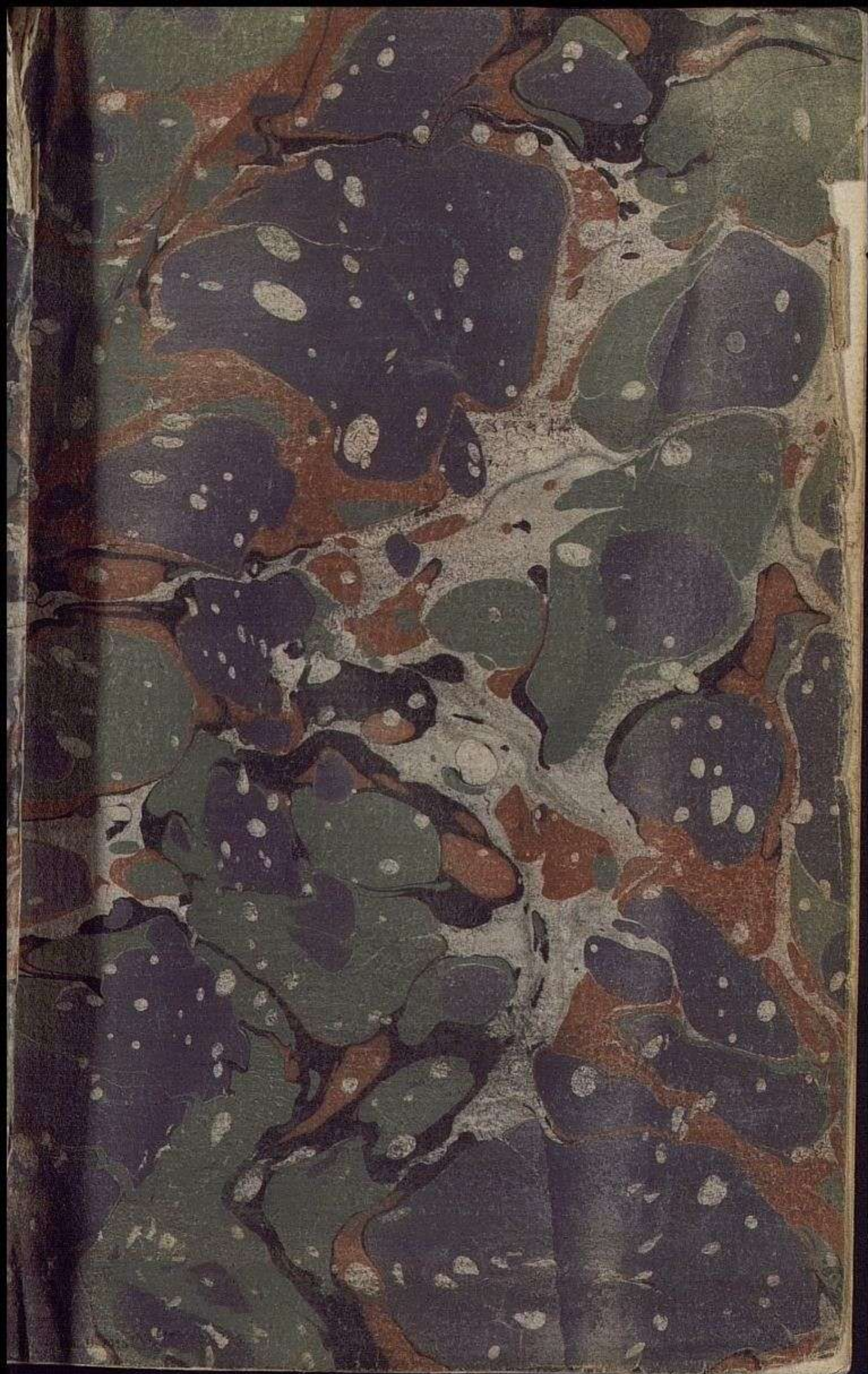
ncia

a

UNIVERSITAT DE VALÈNCIA
Biblioteca



80001656213



99-2-13

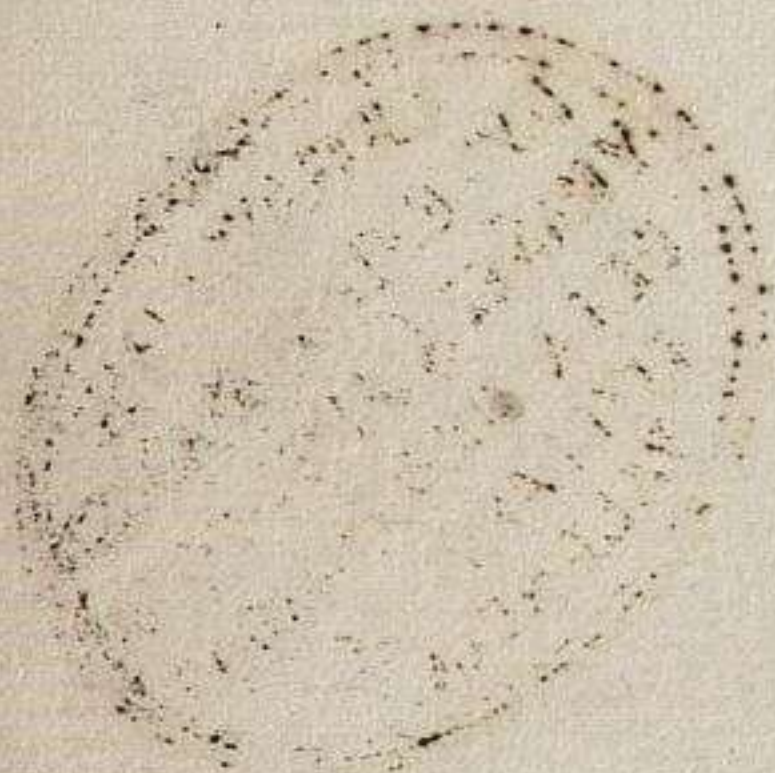
9

b 16701707

1 18831369

A - 101

199(1)



EL NUEVO GULLIVER,

ó sea

VIAJES DE JUAN GULLIVER,

hijo del famoso Capitán

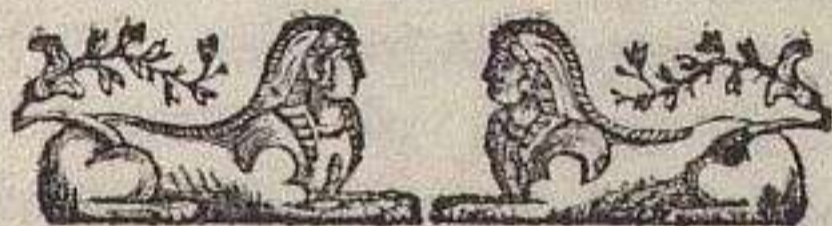
A LA ISLA DE BABILARIA.

*Descripcion de dicho pais y aventuras singu-
lares que le sucedieron en aquella rara isla.*

TRADUCIDO DEL INGLÉS

DE ESTE ÚLTIMO IDIOMA

Spot
Omalo Fisco



Con licencia: Noviembre de 1832.

*Barcelona: Imprenta de Ignacio Estivill, ca-
lle de la Boria.*

EL NUEVO CULLIVER,

VIAJES DE JEAN CULLIVER,

hijo del famoso Capitán

A LA ISLA DE BARRABA.

Descripción de dicho país y aventuras que
tuvo que experimentar en aquella gran isla.



TRADUCIDO DEL INGLÉS

EN ESTE ÚLTIMO

Quinto Edición



Con licencia: Madrid de 1832.

Por el Imprenta de Francisco Barrios, en
la calle de la Reina.

P R E F A C I O

DEL

EDITOR DE LA TRADUCCION FRANCESA.

Vista la buena acogida que han tenido los viajes del primer Gulliver, no puedo ménos de publicar con timidez esta nueva obrita; y no me atrevo á lisonjearme de que el público escarmentado ya de aquellos malos libros que son por decirlo así, continuaciones de otros que merecieron la aprobacion general, se digne hacer gracia á este. El mundo se persuade fácilmente de que todo continuador es una especie de copiista, que anda siguiendo las pisadas de otro; que no hace mas que espigar tras él, y que no teniendo la fuerza de inventar, posee únicamente el débil talento de aprovecharse de las ideas de su original, para estenderlas y ajustarlas á las suyas. Se le sospecha siempre que intenta hacer brillar la obra nueva con el resplandor que le presta la antigua, ignorando por su desgracia que cuanto mas ha apreciado un libro el público, tanto

ménos dispuesto está á proteger otro del mismo género.

Esto supuesto, parece necesario decir aquí que aunque esta novela tenga por título *El nuevo Gulliver*, no es una continuacion del *capitan Gulliver*, que todos conocen. No es el mismo viajero, ni contiene el mismo género de aventuras, ni el mismo gusto de alegorías. La única semejanza que hay, consiste en el nombre de *Gulliver*. Pero el uno es el padre y el otro el hijo; y se verá sin duda que hubiera sido muy fácil dar cualquiera otro nombre á esta obra: pues si se ha tomado por protagonista á un hijo del *capitan Gulliver*, con preferencia á otro cualquiera, ha sido porque las ideas atrevidas del primero dan paso franco á las del segundo, viéndolas reunidas bajo un nombre que las presenta extraordinarias y maravillosas. En efecto, aunque las ficciones sean muy diversas tienen sin embargo una cierta analogía. En el primer *Gulliver* se hallan enanos y gigantes, hombres inmortales, una isla aérea, y una república de caballos nacionales. En este hay un país, donde las mugeres son el sexo dominante, otro en el cual los hombres envejecen muy pronto y otras extraordinarias rarezas. La singularidad de estas suposiciones es lo que hace que las dos obras se parezcan en algo; pero ¡cuanta diferencia entre unas y otras! Las del hijo no tienen nada de comun con las del Pa-

dre; ni dependen de estas, ni son una continuacion, así como puede decirse que las aventuras de Telémaco no lo son de las de la Odisea de Homero.

Como toda ficcion es despreciable, á no ser que sea útil, y sirva á presentar la verdad; nos lisonjamos de que el lector conocerá fácilmente la moral de la fábula, oculta bajo el velo de las mugeres que aquí se le ofrecen.

La primera ficcion por ejemplo estriva en hacer ver que es una mácsima muy errada la que la corrupcion del siglo ha estendido relativamente al pudor. Nos figuramos por lo regular que esta virtud es esclusiva de las mugeres; y con este pretesto, hay de sobra en todas partes hombres que no creen deshonorarse perdiéndola, ni procurando que ellas la pierdan. A vista de un pais en donde sucede lo contrario, y en donde siendo las mugeres el sexo dominante, hacen lo que en nuestras tierras los hombres, instando su corrupcion; no podemos ménos de hallar una grande estrañeza en tales costumbres y reprobarlas. Sin embargo desde el punto en que se supone á las mugeres superiores á los hombres, no debemos maravillarnos de este transtorno, que da á conocer que los hombres entre nosotros no están tan corrompidos en cuanto á este artículo, sino porque abusan de su superioridad. ¡Pero habrémos de ver que el sexo fuerte sea

el mas débil en cierto sentido, y que quiera prevalerse de su fuerza para atacar incesantemente, con desprecio á las mismas que han sido el trofeo de sus victorias? Esta moralidad nadie la ignora: lo que se trata aqui es de ponerla en accion.

El pais en el cual los hombres envejecen y mueren muy pronto, al paso que á pesar de ello viven en cierto modo mas que nosotros, dará lugar á muchas reflexiones, que no tenemos necesidad de indicar ahora, y que harán conocer mas cuan mal emplea uno el tiempo que tiene de vida este suelo.

A este libro le sucederá seguramente lo que á todos los demas de su especie. Los lectores se formarán en dos partidos: los unos levantarán hasta las estrellas lo fino de las alegorías, y el modo delicado con que encontrarán en su lectura mucho mas de lo que se halla impreso en sus páginas: los otros lo tratarán de ficciones insípidas é inverosímiles, y hechos aislados, sin hacer alto en lo que está oculto bajo el velo alegórico; pero si la obra tiene un verdadero mérito intrínseco, llegará finalmente el dia en que vencedora de todos sus contrarios se coronará con el laurel del triunfo, y ocupará el lugar que de derecho le pertenezca. Lector, en tus manos está: leéla con reflexion, y no la juzgues sin madurez. Acuérdate de los chascos que te has llevado en tus juicios precipitados, y no tendrás que re-

tractarte despues. Nadie se acuerda ya de que haya una Fedra de Pradon, y sin embargo en su tiempo eclipsó la de Racine, quien por ella sola seria un poeta inmortal. Es mirada como obra maestra la Atalía del mismo, y en su tiempo fué tanto el desprecio que hicieron de ella los franceses, que en los juegos de prendas se daba por penitencia el leer una página de dicha tragedia, que hoy forma la delicia de todos los inteligentes, y que no hay idioma moderno en Europa, que, ó no sea muy basto ó no la tenga traducida. ¿Qué mas? el famoso Quijote, obra inmortal del genio, y tal vez la primera de todas las obras profanas, se vió largo tiempo pospuesto á la de Avellaneda. ¿Qué digo, pospuesto? Enteramente olvidado; al paso que si todos los monumentos del siglo en que se escribió se perdiesen, y se conservase un solo ejemplar de esta obra, el solo diria á las naciones y edades mas remotas de la posteridad cual fué la ilustracion y la gloria del siglo de Cervantes, y su nombre lo mismo que el de Homero pasaria de generacion en generacion como el emblema de la inmortalidad.

Mucho nos hemos remontado en las comparaciones: no intentamos aplicarlas al Nuevo Gulliver; pero el público si se precipita, podrá llevarse chasco aquí en pequeño, como allí se lo llevó en grande.



*La Reyna visita el Serrallo; y Lindermein, se presenta á
Guilliver, el qual es declarado esposo de S. M. Babilariana.*

EL NUEVO GULLIVER,

Hijo del Capitan.

CAPÍTULO PRIMERO.

Educacion del autor: su inclinacion natural para los viajes: su aplicacion al estudio: su disgusto por la filosofia. Titubea entre la profesion de hombre de negocios ó literato. Se embarca para la China.

Tengo observado que la mayor parte de los hijos manifiestan las mismas inclinaciones que sus padres, á ménos que la educacion que reciben, haya mudado en ellos esta disposicion natural. Sin embargo, sé tambien que los niños no se parecen muchas veces mas que á sus madres: de lo que resulta, por ejemplo que el hijo de un poeta tenga juicio, el de un filósofo sea petimetre y el de un viajero sedentario.

Por lo que toca á mí, puedo decir que me parezco mucho á mi padre, no solo en cuanto á mis calidades exteriores, sino tambien por el carácter del alma; sobre cuyo funda-

mento me atrevo á lisonjearme de ser verdaderamente hijo del célebre capitán Gulliver, y de María Burton, su esposa, cuya conducta se ha tenido siempre por sin mancha. Habiéndome criado en la casa de mi padre, donde oía hablar continuamente de sus viajes y de los descubrimientos que habia hecho en los diferentes mares que habia corrido, sentí en mi interior ya desde mis primeros años un deseo de viajar tambien por mar que nada pudo contener. En vano se me pintaban á veces los riesgos de las tempestades y de los encuentros, haciéndome presentes los espantosos peligros á que mi padre habia estado espuesto. La curiosidad salia siempre vencedora del temor, y yo consentia en padecer, como mi padre, con tal que pudiese ver como él, cosas tan maravillosas.

Hallóme con estas disposiciones que acabo de indicar, á la vuelta de su tercer viaje; y encantado de ver en mí unas inclinaciones tan conformes á las suyas, prometió llevarme consigo en el primero que luego hiciese. Seguramente no contaba emprenderlo tan pronto; porque como yo no tenia mas que catorce años, era demasiado jóven para seguirle entónces; y sin duda por este motivo no me cumplió la palabra; pues habiéndose embarcado pocos dias despues en Portsmouth, no se despidió mas que de mi madre, dejándome desconsolado por su inesperada partida.

Estoy seguro que ningun muchacho en el mundo ha tenido jamas mayores deseos de crecer que yo : no á fin de salir de las incomodidades de la infancia, ó mas bien para poder disfrutar de toda mi libertad ; sino para hallarme en estado de soportar las fatigas de los viajes por mar, y ser admitido en un navío. Iba al colegio de muy mala gana ; porque, ¿ qué me importa, decia á veces entre mí mismo, el aprender unas lenguas de que jamas podré hacer uso alguno ? ¿ Acáso los Indios, los Chinos, los pueblos del nuevo mundo me tendrán en mas estimacion, si sé el latin ó el griego ? ¿ No me seria mucho mejor el que pudiese aprender los idiomas del Asia, del Africa ó de la América ? Mucho mas me valdría ; pero á pesar de todas estas reflexiones que me causaban mucha pena, cumplia yo con mi deber, y salia airoso en mis estudios.

Lo que mas me incomodó fue el de la filosofía ; porque el famoso catedrático que teníamos, nos decia que la lógica que enseñaba era absolutamente necesaria para todas las ciencias, que dirijia el espíritu en sus operaciones, y le daba una ecsactitud á la cual nunca se podria llegar sin el auxilio de ella.

A pesar de todo esto, eran tan descabellados sus racionios, y las operaciones de su espíritu tan groseras y tan mal dirigidas, que estaba todo el dia argumentando sin cesar con-

tra su propia opinion. Tampoco encontré gusto en la metafísica ; ciencia abstracta , y á mi modo de entender envuelta en un caos de sutilezas , fuera de mi alcance y del de muchos otros. La moral que pertenece al corazon tal vez exclusivamente , estaba reducida á problemas y cuestiones espinosas. En cuanto á la física , es tan poco lo que se aprende en las clases , que es difícil de decidir si el fruto que se saca de su estudio en mi patria , vale el tiempo que se emplea en él. Las obras de Newton y otros escritores de mérito , son para mí la mejor escuela , donde no se echa á perder el entendimiento con necias distinciones escolásticas.

Por lo tanto puedo decir que lo poco que sé de filosofía , lo saqué de los libros y no de una clase , en la cual lo ménos en que pensábamos era estudiar.

Apliquéme con constancia al conocimiento de la geografía ; de modo que no pudiendo viajar en la realidad , viajaba en idea. Leía con una sed insaciable todas las relaciones que caian en mi poder de paises extranjeros. Hacía mil preguntas á los que habian andado por los mares ; y estaba siempre hablando con marineros. La vista de una embarcion y sus aparejos escitaban en mí unos movimientos involuntarios , semejantes á los de Aquiles al aspecto de una espada ó lanza.

Mi madre que se veía cargada de hijos,

y con una renta muy escasa, me instaba á que buscase algun empleo en el ramo de hacienda. Me ponía á la vista el gran número de ricos y opulentos asentistas, cuya prudente modestía habia al principio aceptado y desempeñado la mas tenue y la mas baja de las comisiones; pero por mas que me dijese, nunca me pudo persuadir á que yo abrazase un estado incierto, y á mi modo de ver, poco honorífico; un estado en que tantas veces la picardia ve frustrados sus planes [aunque otras los logra completos]; un estado en el cual se corre riesgo de tener que pasar la triste vida bajo la insufrible dependencia de un sin fin de amos, mas imperiosos que respetables, y cuya inconstancia proporciona no pocas veces á los que les sirven la suerte del infeliz y famelico Eresictona.

Si yo hubiese podido resolverme á una vida sedentaria, hubiera ciertamente preferido, á lo que me parece, á todos los demas estados el de literato. »Tu tienes, ciertamente, muy buenas disposiciones para las ciencias, me decía un dia cierto literato muy afable. La naturaleza te ha dado memoria, inteligencia, ingenio, fecundidad y gusto; y con la rara reunion de tan eminentes prendas puedes hacer grandes servicios á la república de las letras, y honor á tu nombre y á tu patria. Sabes muy bien que caso se ha hecho siempre en este reino de las personas que se distinguen en las ciencias.

«La Inglaterra se va haciendo de día en día, el centro del imperio de las bellas Artes y de todos los conocimientos curiosos. Aquí no se ve perecer en una triste indigencia al filósofo profundo, al historiador docto y juicioso, ni al escritor fino y delicado. Los puestos debidos á los sabios y á los hombres de ingenio no las desempeñan mas que ellos mismos; y el mérito literario es siempre reconocido y recompensado. Abraza pues, querido Gulliver, abraza un estado tranquilo y honorífico, en el cual, sin adquirir las inmensas riquezas de un potentado, obtengas aquella decente medianía, que por lo mismo es mas digna de un hombre honrado.»

De este modo me veia como quien dice entre la espada y la pared, instado por una parte á abrazar la carrera del negocio, y por la otra de la literatura. ¡Qué diferencia entre estos dos estados! El uno arde por amontonar riquezas, cuando el otro no piensa mas que en adquirir conocimientos: con el uno se hace fortuna; y el otro no da mas que reputacion: el uno vive de los despojos de los vivos, y el otro del de los muertos: el uno menosprecia igualmente la ciencia y á los sabios; el otro mas á los ricos que sus riquezas: en fin el uno disfruta en vida, y otro después de la muerte.

Cuando vi que tenia diez y ocho años, con una estatura bastante regular y una corpulencia robusta, hice un paquete de todas

mis cosas , y sin despedirme de mi madre ni parientes , habiendo recogido algun dinerillo , regalo ó préstamo de mis amigos , me fuí á Bristol , donde supe que habia una embarcacion pronta á hacerse á la vela para un viaje á la China , y que necesitaba un segundo escribiente. Aunque me veia sin esperiencia , ni recomendacion , me lisonjeé de poder obtener aquel puesto , y sin reparar en dificultades me presenté á ofrecer mis servicios al capitan Harrington , que lo era del buque. El empleo no era ni muy lucrativo , ni muy honórfico ; pero como me proporcionaba el medio de viajar por mar , era ya todo el blanco de mis deseos. Por otra parte no ignoraba que muchos de nuestros mas célebres marinos habian empezado por empleos mucho mas bajos.

Dije al Capitan , que yo era un jóven sin bienes de fortuna , y sin mas recursos que una educacion decente y un gran fondo de honradez ; que mediante haber sido aplicádillo en mis estudios habia adquirido alguna inteligencia ; y finalmente que me sentia fuertemente inclinado á viajar por mar ; y que por lo tanto , creyéndome capaz de desempeñar la plaza que estaba vacante , le rogaba que me la concediera. El capitan , sin hacer gran caso de todo lo que lo le decia de mis estudios , se contentó con preguntarme si sabia bien la Aritmética ; y como mi madre me la habia hecho estudiar desde mis primeros años , me fué

muy fácil contentarle sobre este particular. Hízome ademas algunas preguntas á las que respondí con acierto y gracia; de modo que dejándole satisfecho mi talento, figura y modales, me concedió la plaza que yo solicitaba, con lo que fué estremado mi regocijo, sobre todo, cuando alzamos áncoras; que fué el 13 de Octubre de aquel año.

Desde el primer momento me dediqué á granjearme la voluntad del Capitan y de todos los oficiales, como igualmente á hacerme estimar de toda la tripulacion. Aunque no debe hacerse caso de la figura de un hombre, pues esto pertenece únicamente al otro sexo; es sin embargo una cosa mas que cierta que un jóven que sea lindo y bien hecho, agrada generalmente á cuantos le ven, mayormente si las prendas del alma corresponden á las del cuerpo, y se hallan reunidas en una misma persona, ingenio y virtud. No sé si se encontró en mí esta feliz reunion; ni si mi exterior agradable contribuyó á hacerme querer tanto como mi honradez, modales corteses y humor suave, igual y complaciente. El capitan Harigton, me mostró en todas ocasiones aprecio y amistad. Mi aplicacion y zelo, relativamente al cargo que desempeñaba, la facilidad con que aprendí el pilotage, los razonamientos sensatos que tenia sobre diferentes materias, mi conducta prudente y circunspecta, y el valor que mostraba en todas oca-

siones, le habian precisado á decir repetidas veces que yo haria una fortuna considerable con el tiempo, y ascenderia á los primeros honores de la marina. Estas alabanzas me llenaban de emulacion, y me inspiraban un orgullo interior, que sin embargo ocultaba por prudencia, persuadido como estaba de que no hay cosa que mas pronto nos haga perder la estimacion de los hombres, que el dar á entender que creemos haberla conseguido. Sentia ya la ambicion de un estudiantito de Oxford, que desde el rincon de su retrete está apuntando sus tiros á las primeras dignidades de su carrera.

CAPITULO SEGUNDO.

La embarcacion sufre una violenta borrasca, se ve arrojada al Occéano oriental, y luego apresada por corsarios de la isla de Babilaria. Gulliver se ve conducido al serrallo de la Reina.

No me pararé á entretener aquí al lector haciéndole una relacion de los diversos vientos que soplaron durante nuestra navegacion, del bello tiempo que gozámos en unos parajes, del malo que nos persiguió en otros, de los encuentros que tuvimos, de las Islas donde fué preciso pararnos á tomar agua y á revituallarnos, &c. &c. pues estos porme-

nores no serian interesantes, ni instructivos, y mi plan no es el de fastidiar de intento al lector. Vamos pues á lo que importa. Habiamos pasado ya el estrecho de la Sonda, y nos hallábamnos delante del golfo de Cochinchina en el mes de Junio, cuando encontramos un navío Ingles que estaba de vuelta, mandado por el capitan Jesry. Echámos el bote al agua, y fuímos á pedirle noticias del comercio de Canton, puerto de la China, á donde por lo regular abordan todos los navíos de Europa, para hacer allí su venta, y cargar jéneros del pais. Díjonos que en la actualidad habia un gran número de embarcaciones europeas en dicho puerto, de modo que las mercaderías de Europa no tenian valor, al paso que las de la China estaban muy caras, sobre todo la seda cruda de Nanquin; y que por lo tanto nos aconsejaba que nos dirigiésemos á otro puerto, como por ejemplo el de Emoüy en la provincia de Toquien.

Habiendo reflexionado maduramente la cosa, conocímos que aquel puerto nos hacia muy al caso, mayormente cuando á tenor de las instrucciones de nuestros armadores debíamos volver por los mares del Sur. Seguimos pues el consejo del capitan Jesry, y habiendo dejado la isla de Macao y el puerto de Canton á nuestra derecha, entrámos á mediados de Junio en el mar de la China. Bien sabíamos que habia mucho riesgo en andar por aque-

llas aguas , en los meses de Agosto y Setiembre ; pero confiábamos llegar á la de Emoüy ántes del primero de Agosto , y no tener que aguantar los Tifones. Estos son unos uracanes que empiezan regularmente por la parte de levante , y que muchas veces en ménos de cuatro horas han hecho el giro del compas. Los Chinos les llaman Tufanes , y esta es sin duda la causa porque los Europeos les llamamos Tifones.

El dia dos de Agosto no estábamos mas que á treinta leguas de Emoüy , y nos regocijábamos de vernos ya tan junto al puerto , cuando acometidos por esos temibles vientos de que acabo de hablar , levantóse al mismo tiempo una terrible tempestad , y jamas se habia visto tan irritado y furioso el mar. Perdímos el palo maestro , y la mayor parte de nuestras velas quedaron destrozadas. Por espacio de cuarenta y cuatro horas nos vímos envueltos en las tinieblas y en los horrores de la muerte ; y aunque nos sentiamos llevados muy léjos no podiamos conocer ácia que parte. Nuestro capitan manifestó en aquel lance mucha serenidad , intrepidez y esperiencia , de modo que animaba con su ejemplo á toda la tripulacion. Por mi parte trabajé con mucho zelo y constancia , lo que aumentó para lo sucesivo su estimacion y afecto para conmigo. Por fin cesó el viento , y la tempestad disminuyó poco á poco.

*

Habiendo aparecido el dia , se nos figuró que estábamos en el Océano Oriental , á la otra parte de la isla de Nifon , que es la mayor de las del Japon. Entónces todos juzgámos del caso hacer vela ácia el Sud-Oeste , para llegar á Emoüy. Al cabo de ocho dias descubrimos una isla , que muy equívocadamente tomámos por la Isla Formosa. Nos encaminá-bamos pues á ella , cuando vímos venir derecho á nosotros un grueso navío , que nos pareció corsario , y que trataba de darnos caza y acometernos. Alcanzónos muy en breve , y cuando nos tuvo á tiro de cañon , nos saludó con unas cuantas andanadas que nos precisaron á rendirnos al cabo de hora y media de combate. Los vencedores entráron en nuestra embarcacion sable en mano y despues de habernos atado á todos ; nos hicieron pasar á su bordo , en donde los prisioneros fuímos distribuidos en tres clases , á saber : viejos , de mediana edad y jóvenes. De estos últimos se hizo todavía otra division ; pues ví que se pusieron á parte los mas bien hechos , y se me hizo el honor de ponerme en los de esta clase. Estos bárbaros que nos habian parecido tan terribles , nos parecieron luego muy corteses y humanos. Ninguno de ellos tenia barba ; pero si , una cabellera muy larga , y la mayor parte eran pequeños , jóvenes y muy lindos.

Al cabo de un buen rato el Capitan cor-

sario, entró en el paraje donde me hallaba yo con mis compañeros, y despues de habernos estado contemplando, se me acercó, me besó la mano y me condujo al cuarto de popa, donde me hizo mil caricias que me sorprendieron en extremo; porque no sabia, como supe despues, que el capitan fuese capitana.

Entónces vi entrar á un hombre que parecia de edad. Su rostro majestuoso, estaba adornado con una barba venerable. Su estatura era mucho mayor que la de todos los demas bárbaros, y tenia un aspecto mas varonil. Supe despues que era un Comisario Real, revestido del cargo de Inspector de presas. A su vista el Capitan procuró ocultar su pasion, y al cabo de un rato me dejó á solas quien con Zindernein [así se llamaba ese Inspector] habiendo penetrado los sentimientos del otro, me dió á entender que mi interes estaba en ser cuerdo y conservar intacto mi honor. Inmediatamente me hizo pasar á su cámara, dispuso que me preparasen una cama, y pareció que me servia continuamente de guarda de vista, hasta que llegámos á la isla.

Esa segun oí, se llamaba Babilaria, [que en lengua del pais significa *gloria de las mujeres*]. Llegámos al puerto al cabo de dos dias, y al instante vímos acercársenos un gran número de isleños, que daban á sus compatriotas la enorabuena por tan buena pre-

sa. Habiendo sido puestos en venta todos mis compañeros, se despacharon á varios precios, y el que se dió mas barato fué Harington, porque era el mas viejo. Por lo que toca á mí; no entré en la almoneda pública; porque al salir del buque, Zindernein subió conmigo en una especie de calesin tirado por cuatro animales muy parecidos al Ciervo, y en menos de dos horas llegámos á Ramaja, capital de la isla y ciudad Real, distante unas doce leguas del puerto á donde habíamos arribado. Una muchedumbre de pueblo se reunió al rededor nuestro así que llegámos, y por todas partes oia decir: *Sa-bala-Currucucu*, es decir: ¡ *Qué hermoso extranjero!* esto lo supe despues.

Nos apeámos delante de un hermoso palacio, cuyo aspecto me pareció soberbio, y cuya entrada guardaban muchos soldados jóvenes. Habiéndome introducido Zindernein, me hizo atravesar varias estancias, en donde algunos jóvenes magníficamente vestidos me salian al encuentro; todos me contemplaban en silencio, á causa del respeto que les imponia la presencia de mi conductor; hízoseme luego descansar en un aposento, en donde habia una docena de viejas, que tomé por hombres, me trajéron vestidos, y me hicieron seña que me desnudase. Obedecí con la mayor decencia que me fué posible, é inmediatamente se me revistió una túnica blanca de

lienzo fino, y un vestido de seda de color de rosa.

Tras esto me condujéron á una sala, en donde estaba preparada una magnífica comida. Se me hizo sentar á la mesa en el puesto mas distinguido. Zindernein se sentó junto á mí, y los demas puestos los ocupáron aquellos mismos jóvenes que al llegar al palacio, me habian salido al encuentro.

El lector podrá juzgar si estaria yo poco maravillado de cuanto estaba viendo; y no sabia que juzgar de mi situacion. Zindernein me tranquilizó mucho con sus caricias y ademanes alagüeños, que me daban á enteuder que yo estaba destinado á ser dichoso. Durante la comida se habló de diversas cosas, que no pude comprender, de modo que me fastidió algun tanto; pero como se tenia grande apetito, comí mucho, en lo que ví que se complacia Zindernein. Comprendí por el movimiento de los ojos de los que estaban en la mesa, que yo tenia mucha parte en el asunto de sus conversaciones; y parecióme que algunas veces se disputaban mirándome, lo que me hizo creer que no todos pensaban de un mismo modo, relativamente á mi persona.

Al concluirse la comida, se nos dió un concierto de voces é instrumentos, lo que, no me causó un placer extraordinario; porque aquella música me pareció sin fuerza, sin génio, empalagosa, uniforme y afeminada.

Como yo estaba muy fatigado , dí á entender á Zindernein que necesitaba descansar. El mismo me condujo á un aposento magníficamente adornado , en donde me estaban aguardando dos mujeres viejas , que me desnudáron. Metíme en la cama , y Zindernein se despidió , despues de haberme prometido que volveria á verme al dia siguiente. Quedé pues solo , y oí que me cerraban la puerta con llave por parte de fuera.

Entónces me abandoné á las mas tristes reflexiones. Heme aqui pues , me decia , en una verdadera cárcel. He perdido mi libertad , y tendré que pasar aquí lo restante de mi vida , sin esperanza alguna de volverme á ver libre. ¿Peró á qué vienen esas delicias , y esas magnificencias? ¿A qué se me destina? El tratarme tan bien , ¿puede ser con otro objeto que el de que no me muera de tristeza y de pesadumbre? ¿Se me reservará acaso para inmolarme á la divinidad que se adora en este pais? Pero si es esto ; ¿cómo los otros jóvenes , que estaban á la mesa y conmigo , y que segun toda apariéncia , se hallan tambien esclavos en esta isla , estaban tan alegres y tranquilos? Si estoy reducido á la esclavitud ; el trato , que se me da aquí ; tiene algo de comun con el de los esclavos? ¿En dónde estoy pues? ¿Qué soy? ¿Qué haré? Puede que pretendan hacerme renegar de mi religion ; pero nada será capaz de conseguirlo.

Estos pensamientos inquietos retardaron algo mi sueño; sin embargo al fin me entregué á él, y dormí tranquilamente. Al otro día desperté sin quererlo, porque el sueño se acaba demasiado pronto para los desgraciados.

CAPITULO TERCERO.

Gulliver aprende en poco tiempo la lengua Babilariana por un método singular y nuevo. Sus razonamientos con el Director del Serrallo, quien le descubre que los puestos y cargos del Estado, los ejercen mujeres. Orígen de este uso.

Zindernein vino á encontrarme á poco rato de haber despertado. Mostróme mucha bondad, y viéndome triste é inquieto, me dió á entender que no tenia motivo alguno para entristecerme. A poco rato vi entrar en mi cuarto á un hombre que tenia un talento maravilloso para enseñar la lengua del pais á los extranjeros, sin el ausilio de ninguna gramática razonada. Era un pintor de miniatura, dibujante escelente, que habia recojido en dos gruesos volúmenes las imágenes de todas las cosas naturales que él mismo habia pintado y hecho grabar. Todo su arte consistia en presentar lo primero á sus alum-

nos los cuadros de las cosas mas sencillas y mas comunes: á cada lámina que enseñaba, pronunciaba el término que en su lengua servia para espresarlo, y se lo hacia escribir á bajo en el carácter extranjero que cada discípulo podia conocer, y le era propio: lo que formaba para sus discípulos una especie de Diccionario muy cómodo.

Nosotros no aprendemos las lenguas extranjeras sino enlazando la idea de una palabra cuya significacion queremos retener, con la de otra que nos es familiar. De este modo retenemos un sonido por medio de otro; empero lo que entra en nuestro espíritu por el órgano de la vista, se imprime mucho mejor que todo lo que entra en él por medio de los demas sentidos, como la esperiencia lo está probando todos los dias. De donde concluyo que el método de este pintor gramático era escelente, y que deberíamos servirnos de él en las Universidades para aprender el Griego y Latin. Los niños no aprenden tan prontamente la lengua de sus amas de leche sino porque ven y miran con atencion todo lo que oyen pronunciar. Ya preveo que este nuevo sistema de gramática no merecerá mayor aprecio que cuantos métodos nuevos se inventan en Europa para abreviar el camino de las ciencias, al paso que no se aumenta el número de los sabios.

Pasé unos quince dias en aprender los nom-

bres sustantivos de la lengua Babilariana; y á medida que aprendia estos, hacia también caudal de adjetivos, porque no habia estampa que no presentase la cosa con varios atributos. Muchas de esas estampas estaban iluminadas, sin lo que yo no habria podido aprender los colores.

Por lo que toca á los verbos que espresan una accion del alma ó del cuerpo, viendo mi maestro que mi memoria era feliz y que sabia ya los nombres, me dió el segundo volúmen de su coleccion, que contenia los verbos, es decir, los cuadros de todas las acciones y de todas las pasiones. Los nombres de esta lengua no se declinan, y los verbos no se conjugan: circunstancias que la asemejan á la inglesa, mas perfecta en esta parte que todas las demas, llenas siempre de dificultades espinosas é inútiles. Al igual de la inglesa, tampoco tiene nombres masculinos ó femeninos, para espresar seres inanimados, lo que siempre me ha parecido la cosa mas absurda del mundo. Y sino, díganme: ¿por qué en latin *ensis* que quiere decir la espada ha de ser del jénero masculino, y *vagina* que equivale á vaina ó estuche, es del femenino? ¿Acáso la espada y la vaina pueden tener sexo diferente? Añadiria muchas otras observaciones sobre este asunto, si tales materias fueren del resorte de un viajero.

Las estampas destinadas á espresar los ver-

bos, eran por la mayor parte muy complicadas; pero tambien he de confesar que no he visto cosa mas bien dibujada, mayormente cuando se trataba de manifestar los movimientos del alma, tales como el odio, el deseo, el temor, la esperanza, la estimacion, el respeto, el desprecio, la cólera, la sumision; y las virtudes, tales como la castidad, la fidelidad; y los vicios, como por ejemplo la solapa, la avaricia, el orgullo, la crueldad, &c. &c.

Como nosotros espresamos estas cosas por términos metafóricos y análogos á los movimientos y á las modificaciones de nuestro cuerpo, es claro que no hay cosa mas fácil que pintarlo todo á la vista: los adverbios, que sirven á aumentar, ó disminuir la fuerza de los verbos, y á poner graduaciones en nuestras ideas, estaban pintados tambien; y á medida que iba yo aprendiendo los verbos, aprendia tambien los adverbios, aquellos por la espresion de las acciones pintadas, y estos por los modos de hacer dichas acciones. Por ejemplo, los diferentes grados de amor formaban otros tantos cuadros diferentes, á los cuales correspondia un término comun, con la añadidura de otro para espresar los grados de la pasion, lo que hacia el adverbio.

Zindernein que me visitaba todos los dias, estaba encantado de los progresos que yo hacia en la lengua Babilariana.

Por fin al cabo de un mes me ví en estado de sostener una conversacion con él ; y aunque á veces no daba con la espresion propia , como comprendia lo que yo queria decir , él mismo me la sugeria y facilitaba. Por otra parte esta lengua se habla muy lentamente , de modo que se tiene tiempo para buscar las palabras , cuando se conversa. La pronunciacion es muy fácil , porque el idioma es naturalmente suave ; y por lo que toca al acento , lo fuí adquiriendo poco á poco. Tambien contribuyó bastante á que yo la aprendiese pronto el que durante dos meses estuve muy retirado , y no hablaba mas que con mi maestro y Zindernein. Por medio del recogimiento es como se adquieren los conocimientos , y se adorna el espíritu.

En las primeras conversaciones que tuve con Zindernein , le pregunté ¿ porqué se tenia tanto cuidado conmigo , y porqué motivo se me trataba tan bien ? ¿ cuál era el paraje que yo habitaba , y á qué estaba destinado ? No puso dificultad en satisfacer mi curiosidad , y me dijo como yo me encontraba en el serrallo de la Reina , en donde habia una docena de jóvenes , extranjeros como yo , que eran de su gusto , y que estaban destinados á ser uno ú otro su esposo. Los hombres de esta isla , añadió no son dignos de ella. La Reina cree que seria faltar á la majestad de su gerarquía si se bajase á amar á alguno de ellos ; co-

mo tambien que no dejaria de ser cosa arriesgada en materia de política ; porque las familias de la isla , entre las cuales podria ella escojer sus maridos , se prevaldrían sin duda de aquella eleccion. ¿ Pues y qué ? le dije yo : ¿ estaria acaso yo destinado á ser el marido de la Reina ? = Ciertamente lo estais , me contestó , como se agrade de vuestro talento y figura ; pero todos los jóvenes que hay aquí tienen la misma pretension. ¿ Qué modo de obrar tan extraño para una Soberana , repliqué yo ! ¿ Es posible que el pudor de una Reina sufra una docena de maridos ? = Nunca tiene mas de uno , me contestó Zindernein , pero goza del derecho de poder mudar todos los años ; y en tal caso saca del serrallo á los jóvenes que mas le gustan , para elevarlos á este honor , y vuelve á enviar al que deja á este mismo serrallo , de donde vuelve á sacarle , cuando haya vuelto á espirar uno ó mas años. El que actualmente está con ella hace ya mas de diez meses que lo tiene , su tiempo va á concluir , y se cree que no seguirá mas : hay en este Serrallo otro joven lleno de mérito y de prendas , y este segun la comun opinion puede que le suceda. Talvez vendrá vuestro turno , y tendreis la suerte de que la Reina se agrade de vos. ¿ Quién sabe si talvez este mismo año sereis preferido á ese joven , que creémos ascenderá al tálamo real ?

Este honor, le dije yo entónces, podria ser muy lisonjero para mí, si fuese durable; y si pasando á ser esposo de la Reina, me hallase Rei. Esto es imposible, me respondió Zindernein; pues nuestras leyes se oponen formalmente á ello. =; Cómo pues! dije yo entónces: ¿Hay en esta isla una ley que proiibe el que los hombres puedan ascender al trono y lo destina esclusivamente á las hembras? No sucede así en Inglaterra. Es verdad que actualmente reina allí una muger, Ana Estuarda; pero esto es una cosa accidental; y porque la mayor parte de la nacion la ha juzgado la mas prójima heredera de la corona; pero muerta ella, tendríamos Rei. Así sucedía tambien aquí en otro tiempo continuó Zindernein; pero los estilos han variado, y en esta isla no mandan mas que mujeres. Ellas ocupan todos los cargos de capa y espada: componen nuestro ejército de tierra, nuestras escuadras; en una palabra, los hombres son aquí lo que las mujeres en vuestro país.

¿Y qué? le pregunté maravillado, vos que presidis aquí, y que teneis autoridad, segun ví en los bajeles, no sois hombre? Los que me hicieron prisionero en el barco eran mujeres? =Mujeres eran me respondió entónces. Ellas van vestidas como los hombres, con la sola diferencia que su traje no llega mas que á mitad de las piernas; al paso que el de los

hombres es mucho mas largo y tiene mas vuelo. Por lo que me preguntas de mí, debo decirte que soy hombre, y el único que tenga alguna autoridad en el estado, porque no hay mas que uno solo que pueda desempeñar mi empleo.

Confieso que sentí entónces una especie de vergüenza al saber que yo habia sido vencido con las armas en la mano por mujeres, y no pude ménos de que se me subieran los colores á la cara; pero Zindernein que lo conoció, me dijo que las mujeres de aquella isla, que habian abrazado la carrera militar, eran muy aguerridas, valientes y furiosas en los combates, de modo que era muy dificultoso á los hombres el resistir sus esfuerzos. Son ademas muy vigorosas; porque como se las educa desde su tierna edad en los ejercicios del cuerpo, y aprenden muy jóvenes á montar á caballo, á tirar el florete, van frecuentemente á cazar, y beben licores, tienen mucha mas fuerza que los hombres de este país, á quienes todo está prohibido, segun las reglas de la decencia y buena crianza. No siempre nos habiamos gobernado así; y si esto mueve vuestra curiosidad, pasaré á esplicaros el origen que tubo. Supliqué que no lo dilatase, y se produjo en estos términos.

«Habrá como unas siete mil y doscientas lunas que Amenenino reinaba en esta isla. Bajo su reinado los hombres empezaron á tener in-

finitos miramientos con las mujeres, y parecía ya que su reino había llegado. El Monarca, y á ejemplo suyo, los demás hombres de la isla, descuidando todo asunto serio, no ponían la menor atención en las leyes, en la política, ni en su estudio, desdeñando la gloria, huyendo de la guerra, no administrando justicia, despreciando la ciencia y las bellas artes, abismados en la ignorancia de la historia y de la filosofía, opuestos á todo género de trabajo, sin honor en fin y sin emulation alguna, estaban sin cesar á los pies de un seco encantador, que ambicioso por naturaleza, embistió con la empresa de aprovecharse de la vergonzosa molicie de los hombres, para lograr sacudir el yugo que sabiduría de los primeros tiempos les había justamente impuesto, y que la debilidad del seco dominante había hecho ya demasiado ligero. El écsito mas feliz coronó esta arriesgada empresa. La Reina Eginú, cuya hermosura y encantos tenían ciego al Rei, empezó la traicion, apoderándose del trono, y arrojando de él á un marido indolente, débil, anegado en los placeres y esclavo de un sin fin de favoritas.

La conspiracion de todas las mujeres estalló á un mismo tiempo; y habiéndose elevado sobre sus maridos, se apoderaron no solo del manejo de los negocios domésticos que ellos habían enteramente descuidado; sino tambien del gobierno de los públicos, de la política,

de la hacienda, de la marina, de la guerra y de la administracion de justicia, que como es de ver, estaba del todo descuidada. Sin embargo no se atrevieron desde un principio á usurpar abiertamente el derecho de los hombres, contentándose con trabajar en nombre de ellos. Si ya desde entónces hubiesen ellas dado el ultimo golpe á sus atentados, los hombres tal vez habrian salido de su profundo letargo, ó aloménos habrian disputado un poder que les pertenecia por la naturaleza y la razon. Pero las mujeres naturalmente astutas, y de un ingenio fino y sutil, se manejaron muy diversamente. Empezaron por adular á sus esposos y acariciar á sus amantes, encontrando por fin en sus propios atractivos todos los elementos de su mas completa victoria.

Los hombres se fueron acostumbrando poco á poco á recibir la ley de las mujeres, y como estas gobernaban bastante bien, y por lo ménos se veia mucho mas órden en el estado que ántes, nadie daba la menor queja. Con el tiempo llegó á imaginarse la gente rústica de la isla que toda vez que se conducian tan bien en el manejo de los negocios, era claro que habian nacido para mandar. Al mismo tiempo los hombres se iban abandonando cada dia mas á la ociosidad, y su pereza crecia á medida que su misma inaccion se la fomentaba.

Dícese que entónces se apareció en el Cielo un cometa extraordinario, cuya cabellera parecia eclipsada: presagio que las mujeres astrólogas no dejáron de interpretar en su favor.

Despues de fallecido el rei Ameninino, Eginú, mandó dar muerte á todos los parientes de su esposo, que habrian podido disputarle la autoridad, y derribar sus proyectos; y hay quien dice que sacrificó hasta á su propio hijo á su detestable ambicion.

Algunos ancianos se volviéron sérios é inquietos, esforzándose en vano en reclamar los antiguos usos, y restablecer el sexo masculino en sus primeros derechos; pero fuéron desterrados por un acta del parlamento, compuesto de las mujeres mas distinguidas de la isla. Algunos otros ancianos, que tambien hubieran podido hacer un ensayo de sus fuerzas, intimidados con este ejemplo, tomaron consejo de su edad y de su débil ánimo, y tuvieron por mas acertado el permanecer tranquilos y quietos. Todos los demas, babeando á los pies de las mujeres y no atreviéndose á tomar las armas contra ellas pasaron lo restante de su vida, bajo un yugo que habian sufrido tan voluntariamente en su juventud. Por lo que toca á los jóvenes que fuéron educados bajo aquel nuevo plan, nunca les acurrió la idea de tratar de sacudir tal yugo."

Miéntas Zindernein me estaba hablando, yo iba haciendo mis reflexiones, y veia

que segun el género de vida que llevan hoy dia los hombres en Europa , podria muy bien en varios parages verificarse un acontecimiento semejante. Su molicie , afeminacion y vicios , preparan progresivamente y de mucho tiempo á esta parte su caida , muy fácil de efectuarse , siempre que las mujeres sepan aprovecharse de la disposicion en que están los hombres.

Sin embargo , continuó Zindernein , los pueblos del Norte de esta grande isla , que formaban entónces un reino aparte , independiente del nuestro , temiendo el contagio de un ejemplo tan cercano , y recelando que sus mujeres formasen en su pais igual proyecto y empresa , enviáron secretamente emisarios á nuestras provincias , para tratar de sublevar á los hombres. Habiéndose en efecto revoltado como unos veinte mil , intimáron á la Reina , que mandase elegir un Rei por un parlamento de hombres , y que aboliese el nuevo gobierno , amenazándola que elegirian ellos mismos uno , en caso de resistencia. La propuesta fué rechazada por la Reina , quien amenazó á los rebeldes que les haria sentir todo el peso de su indignacion , sino se daban prisa á entrar en los límites de sus deberes. Inmediatamente reunió un ejército de cincuenta mil mujeres , para sujetar á los amotinados. Lo mas vergonzoso fué , que mas de tres mil jóvenes llevados de su debilidad , y seducidos por los en-

cantos del seso femenino, consintieron en ser agregados á los regimientos mujeriles. El ejército estaba mandado por la misma Reina en persona, y esta tenia bajo sus órdenes á doce tenientas jeneralas, doce mariscalas de campo, treinta seis brigadieras y cuarenta y ocho coronelas.

Los dos ejércitos se encontraron en la llanura de Camaraca. Los hombres estaban armados con arcos y flechas, y su caballería estaba muy bien montada. La Reina que juzgó que sus tropas [poco aguerridas todavía], por que nunca habian visto combates] no podrian casi resistir á un ejército masculino, se valió de una estratagema digna de ella. Colocó al frente de su ejército dispuesto en batalla á cuatro mil mujeres de las mas jóvenes y mas hermosas. Sus largas cabelleras rizadas ondeaban por sus desnudas espaldas: sus cuellos mas blancos que un alabastro, estaban enteramente descubiertos, lo mismo que sus brazos y piernas. Estas eran todas sus armas, y en este estado se presentáron al ejército enemigo, cuyo entero furor se desvaneció á su vista. Arrojáron las armas, y léjos de querer pelear contra ellas, de enemigos que eran, se convirtieron en amantes tiernos, y esclavos humildes.

Otros cuentan que la cosa pasó de un modo muy distinto. Dicen que habiendo tenido la Reina por conveniente entrar en negociacion, envió al campo de los rebeldes veinte mujeres

de la mayor belleza, las cuales rindiéron los corazones de todos los conjurados, y en seguida sembraron la division entre los gefes, por cuyo medio se fué deshaciendo el ejército enemigo. Esto parece mucho mas verosímil, porque en efecto las mujeres tienen la admirable habilidad de poner enemistad entre los hombres mas amigos.

Sea lo que fuere, las mujeres sacáron de esta pacífica victoria todas las ventajas que hubieran podido prometerse del combate mas sangriento, en el que hubiesen tenido la gloria de destrozar enteramente el ejército enemigo. Desde aquel instante su autoridad fué siempre en aumento. Los hombres nos vemos escluidos de todos los cargos y empleos del estado: ellas solas profesan las ciencias, y solo á ellas es permitido cultivarlas; y esto ha llegado ya á tal punto que la gente se burlaria de un hombre que quisiere pasar por sabio, y se le enviaria muy enoramala á que cuidase de su aguja y sus labores domésticos. Por fin ellas solas son las depositarias del ministerio de los altares de nuestros Dioses, de las leyes, de nuestra religion; y finalmente es inspeccion suya esclusiva el hacer los sacrificios en nuestros templos, y presidir á las ceremonias de nuestro culto idólatra.

Por lo que toca á mí, que he tenido la desgracia de nacer hombre [de lo que daria infinitas gracias á la providencia, si hubiese

nacido en otro clima, y bajo otro Cielo] puedo asegurarte que lloro amargamente al ver este indigno trastorno del orden natural, y jamas subscribiré á esa falsa proposicion que enseñan todas nuestras sabias, quienes pretenden que entre todas las especies de animales, la hembra es siempre mas perfecta que el macho. Esto es para mí una doctrina nueva y errónea, contraria á la antigua tradicion, y que puede rebatirse por medio de argumentos invencibles é irresistibles. Ello es verdad que únicamente las hembras tienen la facultad de dar á luz á sus semejantes, y que de su substancia salen todas las substancias animadas; pero tambien es cierto que para poner en obra esta maravillosa facultad, que en efecto es una escelente prerrogativa, nada pueden hacer sin la cooperacion de nuestro secso. Por mas que digan que el principio de fecundidad está en ellas, y que nuestra accion no sirve mas que para prepararla y modificarla, como el rocío de la primavera, que penetrando en el seno de la tierra desenvuelve el jérmen y hace nacer todas las plantas. Yo sostengo que nosotros lo hacemos todo, y que en nosotros reside el jérmen primitivo, al paso que las hembras relativamente á nosotros, no hacen mas que lo que la tierra relativamente á la mano industriosa que la cultiva. Este era el dictámen de nuestros antiguos doctores, cuyos libros quemáron las mujeres, para que en ellos

no encontrásemos armas para rebatir sus pretensiones. Sin embargo, nadie se atreve á sostener públicamente en el dia este sentimiento, sin pasar por un innovador peligroso, y sin que se le trate como á perturbador.

He aquí, mi querido Gulliver, el pais en que te hallas. Si puedes renunciar al orgullo que justamente debe inspirarte la excelencia de tu sexo, serás feliz; porque siendo tan bello como eres, todas las mujeres te tratarán con respeto, y fijarán en tu persona sus mas lisonjeras miradas, capaces de satisfacer tu amor propio. Porque á pesar de que todas las mujeres miran nuestro sexo como inferior al suyo, tienen sin embargo un sin fin de atenciones y miramientos con nosotros; nos tratan con respeto, nos ceden siempre el paso, no se atreven á decirnos palabra alguna desatenta, y si á una mujer se le escapara alguna espresion poco honesta relativamente á nosotros, pasaria por una estravagante, y se la miraria como persona de poco honor. Esto es un resto precioso de nuestros antiguos usos, un derecho natural que el orgullo de las mujeres no ha podido abolir, y un título antiguo que los hombres de esta isla extraordinaria hemos podido llegar á conservar á despecho de ellas.

Sin embargo las mujeres hacen empeño formal en asegurar que si nos tienen tantos miramientos y atenciones, es solo á causa de

nuestra debilidad, que ecsige de ellas toda suerte de manejos y contempORIZACIONES. ; Pero ay ! que estas deferencias, estos respetos, estas complacencias, no son en el dia mas que unos honores estériles.

Las mujeres cuando nos quieren, nos llaman sus dueños ; pero no por esto dejamos de ser real y verdaderamente sus esclavos. Las caricias, las lisonjas, los alagos, prendas todas muy características de su secso, no son mas que una mera apariencia, para tenernos continuamente ciegos y alucinados ; al paso que nuestro propio alucinamiento es lo que mas asegura y consolida su injusto dominio, tanto mas duradero, cuanto que todos los hombres se creen dichosos con las cadenas que arrastran, contemplando la hermosura y las gracias de sus orgullosas vencedoras. Mira pues si hay esperanza de que se presente, quien se atreva á disputarles un dominio tan usurpado.



CAPITULO CUARTO.

Continuacion del razonamiento de Guilliver con el Director del Serrallo. Costumbres de las mujeres de Babilaria y de los hombres de dicha isla. Descripcion del Serrallo.

Retrato de los que se hallaban encerrados con Gulliver, sus ocupaciones, celos, &c.

Escuché con mucha atencion este razonamiento, que me sorprendió sobre manera: cuando Zindernein me hablaba, me daban muchas veces ganas de reir; pero me contenia todo lo posible porque habia advertido que mi risa le ponía mas sério y parecia aumentar su humillacion. Cuando hubo cesado de hablar le dije en un tono franco y alegre, que una vez que el secso femenino era en aquella isla, el solo dominante; yo me conformaria á los usos establecidos, y procuraria recompensar la pérdida mi clase natural por el goce fácil de los placeres que se me ofrecieran.

Si teneis la dicha de casaros con la Reina, me respondió, saldreis de este Serrallo, y sereis libre en el palacio de Su Magestad, en donde tendreis, una multitud innumerable de oficiales empleados, y servidumbre de uno y otro secso. Pero guardaos de entregaros á deseos criminales, enamorándoos de otra mujer,

porque si manifestaseis la menor debilidad caeriais en el desprecio general de la nacion: porque está establecido en este pais, que el pudor, que para las mugeres no es mas que una calidad mui mediana, es para los hombres una virtud mui esencial. Un hombre que tiene amantes y que se abandona á ellas, queda deshonorado, luego que sus desarreglos llegan á ser públicos; lo que es mui difícil de impedir, porque las mugeres son aquí mui indiscretas y su vanidad les hace publicar los favores que reciben. El esposo de la Reina, está, mas que otro alguno, obligado á guardarnos una circunspeccion escrupulosísima, y una conducta libre de toda mancha. No le basta el que tenga pudor: le es necesaria la fama de que no carece de tan noble virtud.

¿Con qué todos las cortesanos, le dije, serán de una grande modestia en esta isla? Sin duda, me respondió Zindernein, pero la mayor parte de estos caballeros, no son lo que quieren parecer; de modo que hay pocos que no tengan la fama de tener amantes. La gloria de las mugeres consiste en conquistar el corazon de los hombres, y el de estos en saberse defender. Ellas quieren que todo les sea perdonado, aunque dicen ser ménos débiles que los hombres, á los que nada quieren perdonar. Sin embargo cuando un hombre no tiene mas que una querida á quien favorece, la indulgencia pública le escusa, pero si llega el caso de

que se entregue á muchas , y que su afrenta se haga pública , entónces su mujer propia queda ridículamente deshonorada y por lo regular toma el partido de repudiarlo. A veces tambien tolera la conducta de su marido , guardando un silencio prudente. Por otra parte no es fácil ver lo que sobre este particular falta al honor de un hombre.

Las mujeres , continuó diciendo : hablan mal de los hombres aquí ; y estos se lo perdonan fácilmente con tal que no ofendan su hermosura , gracia y habilidades , pues la fama de estas prendas les es mucho mas preciosa que la de su virtud : y miran todos como la cosa mas principal el agradar á las mujeres , al paso que les importa muy poco el ser respetados.

Preguntéle entónces como se hacian los matrimonios en aquella isla. No hay asunto , me contestó , que se trate y concluya con mas precaucion , ni con ménos prudencia. Se ven á unos hombres ancianos , cuyo oficio es el de ser corredores de matrimonios , los cuales se ocupan en la union de entrambos secsos. No se examina de ordinario mas que lo exterior de un jóven , su nacimiento , sus bienes y su figura ; por lo que toca al carácter y al genio , esto es cosa que se averigua despues de las bodas. Es verdad que las mujeres tienen la comodidad del divorcio , el cual les dispensa de tomar medidas escrupulosas en quanto á la conformi-

dad de los génius é inclinaciones, pero como este privilegio está negado á los hombres, es muy estraordinario el que se les vea tan poco cautelosas sobre un punto tan importante á la sociedad conyugal.

Luego que hube aprendido algo la lengua, á fin de hacerme mas fácil su uso, me concedió la libertad de ver á todos mis compañeros del Serrallo y divertirme con ellos. Por lo regular se levantaban y acostaban muy tarde y pasaban una gran parte del dia adornándose, y la otra en pasear, jugar y escuchar conciertos y comedias; á las que asistia la Reina, con todo su séquito, algunas veces. No habia union alguna entre esos jóvenes, porque todos aspiraban al mismo honor, y creian todos merecerlo con preferencia á los demas aspirantes. Hablaban mal unos de otros sin cesar, y hacian empeño formal en rebajar el mérito de aquel que pasaba por mas bien hecho, y que, segun la opinion comun, sería el preferido por la Reina. Este dichoso rival se llamaba *Sivilon*: uno de ellos me dijo, hablando de este sugeto; que tenia aire de fátuo y que sus ojos eran demasiado lánguidos; otro me aseguró que no tenia ingenio, otro pronosticó que la Reina no quedaria contenta de él, y que le despediria al cabo de ocho dias. Si yo alababa á alguno de ellos, le encontraban poca gracia, ojos rudos, y mal carácter: en fin, aunque esteriormente se tratasen uno á

tro con bastante atencion y constancia , se aborrecian todos mortalmente. Como yo pasaba por bien hecho y bastante hermoso , es claro que en sus conversaciones particulares, me cortarian los vestidos á medida de su capricho , y mala voluntad.

Sus diálogos eran muy fastidiosos , ménos cuando hablaban mal de alguno de sus compañeros. Muy frecuentemente pasaban el tiempo discurrendo de sus trages y adornos. Otras veces disputaban juntos , siendo las cuestiones ordinarias que entre ellos se ventilaban , el saber si sus cabellos largos y ondeantes sobre sus espaldas tenian mas gracia que atados por medio de una cinta ; si un encarnado artificial dado á sus mejillas añadia , ó no , realce á la fisonomía , ó si los colores naturales eran tan brillantes como los postizos ; si un cútis algo moreno gustaba mas á las mujeres que un color muy blanco y delicado. Sobre todos estos puntos cada uno se atenia á la decision de su espejo.

Habia en el Serrallo un gran número de mujeres destinadas al servicio de los que estábamos encerrados allí ; y estas tenian el encargo de impedir la entrada á toda otra mujer, so pena de muerte , á no ser que fuesen allí, haciendo parte de la comitiva de la Reina, que solia visitarlo de cuando en cuando. Las mencionadas mujeres que nos guardaban eran todas muy feas , y fuera de estado de hacer

uso de su secso. Cada una tenia diferente empleo en el Serrallo, y la que era la principal y á quien todas las demas obedecian, se llamaba la gran Maramuca; pero tanto ella como las demas estaban todas sometidas á Zindernein, Intendente general de los placeres de la Reina y gran Director del Serrallo, empleo que traía absolutamente consigo el de Inspector de todas las presas que se hacian por mar. Es fácil conocer, que segun las costumbres de aquel país, era mas del caso el que este empleo lo desempeñase un hombre con preferencia á una mujer; y en efecto así se ejecutaba de tiempo inmemorial, sin que jamas le hubiese ocurrido á Reina alguna la idea de variar esta inconcusa práctica, por la cuenta que tenia el que siempre fuese siguiendo la misma, y sin la menor alteracion.

CAPITULO QUINTO.

La Reina pasa á visitar su Serrallo, le presentan á Gulliver, quien tiene la dicha de agradarla, y queda declarado esposo de Su Majestad Babilariana, para el año siguiente. Sale del Serrallo, y se le da alojamiento en Palacio.

Quando Zindernein juzgó que me hallaba ya bastante diestro en el idioma del país, para

poder conversar con la Reina, y conoció que habia cogido ya un cierto aire indispensable en los hombres de aquella tierra para agradar á las mujeres, me dijo que estuviese preparado para ver á la Reina, la cual al dia siguiente se trasladaria al Serrallo. Me encargó que hablara poco, cuando estuviese en su presencia; que procurase tener un aire de sencillez é ingenuidad; que diese dulzura y suavidad á mis miradas, teniendo cuidado de no hacer ningun gesto inconsiderado, y de conservar al mismo tiempo un aire tranquilo y sereno, lanzando de cuando en cuando algunas miradas penetrantes, aunque respetuosas. Prometíle que me aprovecharia de sus lecciones, y me preparé al honor que debia recibir al dia siguiente.

Adornóseme en él, mucho mas que lo de costumbre: cubrióseme de piedras preciosas y de vestidos sobremanera magníficos. Se me bañó con aguas olorosas, y Zindernein habia tenido la bondad de darme á beber un licor maravilloso que derramaba el brillo y la frescura por el rostro, y daba á los ojos una languidez interesante. Mis compañeros al verme en aquel estado, no pudieron ocultar su despecho; y Sivilon entró en recelos de que yo retardaria su felicidad y su gloria. A pesar de cierto color encarnado, conque siempre tenia cuidado de cubrir con arte su palidez natural, no pude dejar de conocer que le

faltaban los colores naturales al mirarme. Las mujeres del Serrallo, hablando en secreto decían, que yo tenía un talle mas elegante que él, las piernas mas sueltas; los cabellos mas hermosos, el todo de la cara mas bien hecho, los ojos mas grandes, la boca mas pequeña, y las facciones mas finas. Sin embargo Sivilon era muy bien hecho, y su fisonomía muy agradable, pero tenía un aire lánguido y melancólico, y en sus ojos no había nada de viveza ni de espíritu.

La Reina vino al Serrallo, y Zindernein me presentó á ella en particular, diciéndola, que yo era aquel jóven extranjero de quien le había hablado tantas veces, y que se me había encontrado en el último navío apresado por los corsarios. La estatura de la Reina era efectivamente magestuosa, su aire noble y agradable era digno de una gran Princesa, tenía, como la mayor parte de las mujeres de aquel país, lo que en Europa llamamos una belleza varonil; nombre que no puede tener en aquel país, porque todos los hombres tienen un aire afeminado.

Mandóme sentar junto á ella, y me preguntó de que país era. Respondíla que de Europa y nacido en una isla llamada Gran Bretaña. Díjome que haría de modo que olvidase mi patria, á lo que contesté, que había empezado ya á olvidar sus costumbres, y que no pensaba mas que en acomodarme á los del

país á donde el Cielo me habia conducido. Nuestros usos deben pareceros ciertamente muy extraños, mayormente habiendo estado criado bajo máscimas tan opuestas; pero no podeis dejar de confesar que habeis ganado mucho en este trueque. En vuestro país las mujeres son mas felices, aquí lo son los hombres; vosotros no vivís mas que para el placer: pasais la vida en una agradable alternativa de diversiones: ningun asunto, ningun negocio, ninguna inquietud ni sobresalto turba vuestros dias. Vuestra dependencia no es mas que aparente é imaginaria: nosotras somos las que en la realidad dependémos de vosotros. No pensamos mas que en agradaros: vosotros recogeis todo el fruto de nuestros trabajos, y se puede decir, que no vivimos mas que para labrar vuestra dicha.

Disfrutad pues, añadió la Reina, disfrutad de una fortuna, que vuestra llegada á esta isla os asegura; y consentid en seguida en hacer la mia, que tal vez aumentará la vuestra. ¡Peró qué! ¡Os sonrojais! ¡Ah! ¡Cuánto me encanta este pudor! Pareceis haber nacido en esta isla, á pesar de ser natural de la Gran Bretaña. Sin duda erais Rey en aquella isla. Un hombre tan perfecto debe mandar á todos los demas. Vos no teneis nada de la inmodestia de un extranjero; ántes bien parece que habeis hecho una larga mansion en mi Reino, á pesar de que aun no hay tres meses que os hallais en él.

Aunque no hay duda que yo me habia preparado de antemano para responder con acierto á lo que me dijese la Reina; confieso que me sentí turbado, y casi sin saber que decirla. La modestia que se me habia recomendado tanto, junto al asombro de mi situacion me tenian inmóvil, mudo y sin espíritu. Soy de parecer que no se hallaria mujer en Europa que no se viese desconcertada, si un gran rei la hablase en tono semejante. Como á hombre y europeo, no me sentia capaz de responder á un discurso como este, salido de la boca de una augusta Reina, cuyo aire magestuoso cautivaba mis respetos, al paso que sus indecorosos razonamientos ofendian mis preocupaciones; porque S. M. no se contentó con decirme muchas palabras obligatorias y lisonjeras, sino que me prodigó tambien las espresiones mas tiernas y apasionadas. Pero si bien es verdad que parecí entónces poco jovial, tambien se me tuvo por juicioso y retenido. Supe, cuando convenia, bajar los ojos, y levantarlos, volverlos á un lado, suspirar, inclinar la cabeza, ponerme colorado. Por fin la Reina quedó muy satisfecho de mi figura y de mis modales á pesar de haber manifestado poco ingenio. Tal vez tenia ella el mismo gusto que muchos hombres de Europa, á los cuales se les da muy poco que sus esposas lo tengan ó no, con tal que encuentren en ellas modestia, candor y hermosura con algun si es

*

no es de razon. Al despedirse, me dió con toda dignidad un tierno beso, en el que conocí; que habia mas amor que cortesía.

Cuando la Reina hubo salido, Zindernein me participó, que S. M. habia manifestado mucha setisfaccion; y le habia dicho, que no habia en el Serrallo ningun hombre que valiese tante como yo. Si la Reina, continuó, no muda de pensamiento, y vos no teneis obstáculo alguno á vuestra elevacion, seréis verosimilmente el primero que obtenga su mano; y como está estremadamente enamorada de vos, vais á disfrutar del honor de su consorcio por espacio de dilatados años.

Como esa Princesa al salir del Serrallo, no habia cesado de hablar de mí á las damas, y hasta á los mismos Señores de la corte; corrió inmediatamente la noticia, de que yo habia gustado infinito á la Reina. Desde entónces empecé á ser aborrecido y murmurado de mis compañeros. Sivilon quedó inconsolable: su melancolía natural, se trocó en los mas negros vapores; no comia ya, el sueño le abandonaba; ya no cuidaba de adornarse, ni de dar afeite á su hermosura. De dia en dia se iba poniendo mas flaco, y mas pálido: mi gloria habia disfigurado toda su fisonomía. Los demas que tambien se veian muy atras, á causa de mi preferencia, y que sabiendo, que en el caso de que se trataba, el derecho de antigüedad en el Serrallo, no dejaba de ser

un título para adelantar , no podian mirar con indiferencia el que se me prefiriese á mí, y que quedasen ellos con el triste consuelo que la paciencia ofrece en todos los reveses de la vida.

Entre tanto la Reina informada por medio de Zindernein del estado de su Serrallo , desde la última visita que ella habia hecho allí, mandó decir á mis compañeros , que no se afligiesen ; que no descuidaria sus intereses , y les haria tambien felices con el tiempo ; pero que era preciso aguardar. Estilo de corte.

Pero á fin de no dejar el Serrallo en una cruel incertidumbre , S. M. tuvo por conveniente hacer pública su eleccion. Yo fuí formalmente nombrado esposo de la Reina para todo el año 1716. Hubo regocijos y fiestas públicas en toda la isla, y habiéndoseme sacado del Serrallo , para vivir en el palacio de la Reina, recibí los cumplimientos de toda la corte , y de todos los cuerpos del reino.

Pasé , segun estilo del pais , quince dias en Palacio , ántes que se celebrasen las bodas. Unas véces me paseaba en un calesin, acompañado de Zindernein y de algunas damas y señoras de la corte : que él cuidaba de escoger, é íbamos á visitar las hermosas casas de placer y sitios reales , que habia no lejos de allí : otras veces me quedaba en mi aposento , en donde los *Paratis*, que son los Grandes del reino , solian reunirse , y tenian

derecho de estar sentados en mi presencia sobre un taburete. Se me trataba como á Rei, sin serlo, solo porque estaba destinado á casarme con una Reina, y dar tal vez otra al estado, como si el Cielo se dignase ensanchar los deseos de todos los pueblos, que acostumbrados ya desde un espacio de tantos años á ser gobernados por mujeres, no miraban como feliz el parto de su Soberana, sino cuando era la prole femenina, pues en esta sola estaban fundadas todas sus mas lisongeras esperanzas.

CAPITULO SECSTO.

Literatura de las mujeres de Babilaria. Tribunales de los hombres. Relijion de cada sexo. Modo con que las mujeres administraban justicia, gobernaban el ramo de hacienda y hacian el comercio. Académias diversas.

Como en los primeros dias exercité ya mi curiosidad, diré en pocas palabras lo que ví de mas singular en Babilaria. Habiendo ido una tarde á la comedia junto con Zindernein, ví á siete mujeres que parecian tener mucho talento, sentadas en un banco distinguido. Al salir del teatro, pregunté á mi conductor que mujeres eran aquellas, y me contestó que compa-
nian un tribunal literario, erigido de poco tiem-

po acá por la Reina, para juzgar absolutamente de las piezas de teatro. Antes de la formación de aquel tribunal, añadió, el público estaba inundado de comedias malas, insípidas y descabelladas, que plumas sin mérito tenían el atrevimiento de escribir, bajo la protección de las Actrices y Actores, que por lo regular son las personas que ménos entienden en esta materia, á causa de su fatal educación, ninguna emulación, mucho estudio, y no menor copia de aplausos no merecidos, si bien que prodigados por la ínfima plebe, que por lo regular se deja llevar de la sombra del mérito, mejor que de la realidad. Esas piezas, eran puestas en escena, ántes de consultar las personas instruidas y juiciosas, versadas en la ciencia profundísima del arte drámatico. Pero desde que mediante el nuevo Reglamento no puede ejecutarse pieza alguna, sin haber obtenido ántes la aprobacion de este sabio é ingenioso tribunal, ninguna sale silvada: al contrario todas logran un aplauso proporcionado á sus diferentes grados de mérito, y el público no queda engañado como ántes en las primeras representaciones.

El restablecimiento de este celozo tribunal, le dije yo entónces, es digno de la sabiduría de vuestro gobierno; pero ¿porque no se erige otro, añadí para los libros que salen nuevos? — La Reina ha providenciado ya sobre esto, me contestó Zindernein. En otro

tiempo bastaba que los libros no tuviesen cosa alguna contra los intereses del gobierno y las buenas costumbres; pero en el dia es preciso vigilar hasta el punto de impedir que puedan corromper el gusto, y echar á perder el ingenio, de modo que en el dia no se permite ya publicar libros inútiles, insulsos ó mal digeridos. A este fin se ha formado una Sociedad de personas prudentes y profundas en cada género de literatura, que no sean ni extravagantes, ni puntillosas; y estas son las que permiten y autorizan la publicacion de las obras de ingenio. Desde que esta sabia institucion esciste, ya no se ven mas libros absolutamente malos, y lo que es un gran bien, los libros nuevos son muy raros.

Por otra parte se concede una grande proteccion á la literatura, á fin de no retardár los progresos de las ciencias y de las artes: y á fin de aumentar mas y mas cada dia las luces de la nacion, la Reina colma de beneficios á cualquiera que llegue á publicar algun libro escelente; con lo que se propaga la emulacion, multiplica los talentos, y da márgen á la salida de las obras de mérito.

Entónces preguntó á Zindernein si los libros que la mayoría de la nacion estime eran muy ingeniosos. Hacemos ménos aprecio, me respondió, de los que son puramente ingeniosos, que de aquellos que tienen mucha dosis de justicia. Por lo general, en nuestras obras que-

remos que brille el talento y la razon ; pero que en punto de ingenio pequen mas bien por carta de ménos que por carta de mas. En estos últimos tiempos se ha hecho de moda cierto estilo epigrámico y afectado que al principio alucinó al público ; pero que en el dia ha caido en sumo menosprecio , de modo que actualmente querer brillar por este camino es quererse hacer el obgeto de la comun irrision. Este estilo empalagoso y pueril es todavía el ídolo de ciertas gentes que estando en guerra con la razon , han hecho una especie de liga entre sí , para perpetuar la casta. Los hombres son aquí mas partidarios de este estilo que las mujeres ; prueba clara de su ligereza y de la superficialidad de su espíritu.

Es muy extraño , dije yo á Zindernein, que las mujeres hayan cultivado tanto la literatura entre vosotros y que este secso que en todos los paises del mundo es perezoso é ignorante , de modo , que mira coma una fatiga el trabajo de pensar , sea tan laborioso y tan sabio en vuestra isla. La ciencia , me respondió , es hija del amor propio y de la curiosidad. ¿ Qué hay pues de extraño que las mujeres , á quienes todo es permitido en este reino , aspiren á ser sabias y hagan una ocupacion seria del estudio ? El trabajo que la ciencia escige no les cuesta nada , porque la vanidad las sostiene y la quietud ambiciosa de su espíritu las agita y pone en movimiento.

Ellas estudian , aunque no sea mas que para tener el derecho de mirar con menosprecio á las que no lo hacen.

Si en lo restante del mundo las mujeres son ignorantes, como decís , es porque los hombres por sus justos motivos las impiden el llegar á unos conocimientos , que suelen ocasionar soberbia y orgullo. Piensan , y con mucha razon que las mujeres tienen ya demasiada inclinacion á la vanidad , y que si se dedicasen seriamente al estudio , su curiosidad natural las llevaría á penetrar y profundizar demasiado , que su delicadeza y finura podrian dar lugar entre ellas á mil cuestiones peligrosas ; que su tenacidad , haria incurables sus errores , que tendrian una sed insaciable de saber y que por fin perderian algo de este gusto vivo de que el Cielo las dotó para llenar el principal é indispensable deber de su sexo, lo que podria causar bastante perjuicio á la humanidad.

Esto es lo que vemos suceder todos los dias en esta isla : las mujeres que cultivan las ciencias , tienen un orgullo desmedido : la mayor parte se pierden en especulaciones abstractas, renunciando no pocas veces al buen sentido y razon por la manía de sutilizar ; remueven cuestiones que chocan con la razón y se empeñan en componer gruesos volúmenes sobre la naturaleza de las cosas imposibles y sobre las propiedades de la nada. Cuando incurren

en algun error, nunca quieren confesarlo; y no solo menosprecian á todas las personas de su sexo, que se aplican á ejercicios corporales, si que desprecian la sociedad de los hombres, á quienes no miran [al parecer] sino como brutos, ó animales que no poseen sino la parte inferior del alma humana; si llegan á casarse, es como quien dice, como una especie de disgusto, y para obedecer á las leyes que prohiben el celibato. Y no han faltado algunas entre ellas, que se han atrevido á asegurar, que no era un crimen el quebrantarla; porque las hay, que todo lo convierten en problema.

Sin duda debeis á la revolucion de esta isla, le repliqué, el que las mujeres de ella hayan tomado tanto gusto á las ciencias. Ay! respondió, Zindernein; que la revolucion no se habria tal vez verificado, á no haber habido aquí tantas mujeres sabias ántes de esta fatal época.

El saber de las mujeres que se aplicaban al estudio, al paso que los hombres estaban sumergidos en la mas profunda ignorancia, ha sido una de las principales causas de nuestro abatimiento. Los conocimientos que ellas habian adquirido, les diéron una funesta superioridad sobre nosotros. Como por lo general, el hombre no es el dueño de los demas animales, sino por lo industrioso de su espíritu, que le suministra medios para domar y sujetar

á los mas fieros ; del mismo modo el espíritu de la mujer habiendo adquirido una superioridad sobre el del hombre , á causa del cuidado que habia tenido en cultivarlo , utilizarlo y darle estension , logró fácilmente sujetarnos. De este modo me hablaba Zindernein , manifestándome ingenuamente su opinion , acerca los usos y costumbres de su patria.

¿Qué dirán los hombres de mi país , al leer esta relacion verdadera ? teman el que un dia suceda en la Gran Bretaña , lo que aconteció en la isla de Babilaria , y ¡ojalá su mediano saber , no les deje en una seguridad , que puede serles dañosa ! pero no se lisongeen nuestras damas , de ascender tan pronto á la gloria de las mujeres Babilarianas , pues afortunadamente la aversion que tienen á toda especie de aplicacion y de estudio , asegura á los hombres por espacio de mas de un siglo la conservacion de su derecho natural y de su legítima superioridad sobre ellas ; pero la ignorancia hace en el dia de hoy , tantos progresos entre los hombres de Europa , que no me empeñaría en responder , de que despues de haber puesto á una buena parte de nuestros vecinos , bajo su dominio , no emprenda el pasar la mar , y poner á los Ingleses , en el número de sus esclavos. En esta terrible estremidad , si las damas inglesas tratasen de imitar á las babilarianas ; ¿qué seria de nosotros ?

Pregunté ademas á Zindernein , si los hom-

bres de su país, tenían ó no algun tribunal, en donde ejerciesen alguna especie de jurisdiccion. Los tienen sin duda, me contestó, pero son unos tribunales ridículos, que se habrian abolido ya mucho tiempo hace, si los hombres no hubiesen suplicado, que se les permitiese conservarlos como un resto precioso y una débil imágen de su antigua autoridad. Hay en esta isla seis tribunales, compuestos de hombres ancianos y casi decrepitos: el primero: es para juzgar con ecsactitud el grado de blancura y color que cada hombre segun la naturaleza de su tez y el número de sus años, puede usar y tener, á fin de gustar á las mujeres en general, con el derecho de imponer una multa á los que traspasen los límites de este ridículo varniz, fruto del capricho y de la locura. El segundo, está encargado de juzgar de las modas, de aprobar el cambio, y fijar el número de dias, que tal ó tal color debe reinar; como tambien una estofa, tela ó tejido de cierto gusto, ó tal ó tal modo de vestido. El tercero, para arreglar el lugar que los hombres deben tener entre sí, y sus respectivas preeminencias, de las cuales son muy zelosos. El cuarto, que es el mas respetado, juzga de sus querellas, de la inocencia ó malignidad de sus chanzas y murmuraciones, y de hacer que se retractan, ó que suavicen, lo que hayan dicho; segun lo juzguen conveniente. El quinto, es para procesar á los hombres

de edad avanzada, que quieren pasar por jóvenes. Solo se les permite rebajar diez años; cuando se les convence de haberse quitado mayor porcion, se les condena á traer en una medalla colgada desde el cuello, hasta el ombligo, el dia, mes y año, de su nacimiento, escrito en grandes caracteres. Los que por malignidad, en sus discursos han aumentado la edad de otro, se les condena á no ponerse nunca colorete, y á presentarse en lo restante de su vida en color natural. El sexto: es para los que descuidan el culto del idólo *Ozoquia*.

Ya que me disteis cuenta de vuestros tribunales masculinos, celebraria le dije, que hicieseis otro tanto con los femeninos: enseñadme de que modo las mujeres administran la justicia de este pais. Con muchas luces y equidad, me dijo Zindernein, á escepcion de algunas viejas, que devoradas de la sed del *Simaon* [es decir del oro] permiten que se ponga á veces en balanza, parte de este metal; no faltando tampoco algunas jóvenes, que se muestran mas propicias con los litigantes mocitos y bien formados, que con los viejos y feos.

Hay tambien en esta isla, prosiguió, otros tribunales femeninos, encargados de mantener el derecho público, y de vigilar en la administracion del ramo de Hacienda. No se habia visto hasta ahora un reinado tan suave, tan sabio y tan equitativo, como el de nues-

tra augusta Reina actual, desde que gobierna por si sola. Ayudada por los sabios consejos de su ama de leche, cuyo zelo y desinterés alaba todo el mundo, hace cuanto puede para reanimar el comercio decaído y hacer felices á los pueblos. Hay toda apariencia de que su sabiduría confundirá un sin fin de Marajatas que han tenido la osadía de hacer construir palacios iguales al suyo; y que á lo ménos su equidad política, las reducirá á ser ménos ricas que las princesas de su sangre; porque se han visto aquí Marajatas de la mas baja estraccion, sin costumbres y sin honor, adquirir por medio de préstamos usurarios riquezas inmensas, eclipsar con su magnificencia á las damas mas ilustres, apropiarse las mas altas dignidades, y las mas bellas tierras, tener la odiosa ambicion de venir á ser la raiz y el tronco de una posteridad de Paratis.

No hay mas contribucion en el Estado, añadió, que una capitacion general proporcionada á las facultades de cada persona; y no deja de ser muy productiva. Bajo los reinados anteriores, veinte mil *Marajatas* con el pretesto de percibir los impuestos reales, robaban á los pueblos, y no trahian ni una tercera parte al tesoro de la Reina. Mediante reglamento nuevo que muy acertado, preside ella actualmente á los misterios del idolo *Osaoc* en cada ciudad y recibe y cobra las rentas

del estado. Por este medio se verifica que las personas mas calificadas y mas ricas son las que pagan mas ; porque cada cual declara sus caudales , y como las mujeres tienen mucha vanidad , las hay que pagan de buena gana una capitacion que es superior á su tasa. El comercio es libre y está floreciente ; porque ninguna mercadería estrangera paga derecho de entrada ; y no hay bancarrotas , atendido que el cuerpo de las Negociantas tiene un fondo público para indemnizar á las Mercaderas de las pérdidas que puedan haber sufrido sin culpa suya , y para remediar las desgracias que no hubieren podido preverse. En los casos contrarios la que incurre en delito es severamente castigada.

Yo escuchaba con atencion todas estas particularidades ; y no podia comprender como unas mujeres hubiesen podido llegar á tener ideas tan sabias , y un gobierno que deja atras á los de muchos paises donde mandan los hombres. A mí me ha parecido siempre , que el que tantos reinados de mujeres en Europa , como los de las Isabelas de España y Rusia , Marias Teresas de Austria , Cristinas de Suecia , Catalinas , &c. &c. hayan sido felices , porque , cuando la mujer se ve con la autoridad en sus manos , suele dejarse gobernar por los consejos de algun hombre , y este tiene particular interes en aconsejar bien y hacer brillar á la quiere ; al paso que muchísimos de los hom-

bres que gobiernan siguen el consejo de mujeres que no han recibido la instrucción que se necesita para carga de tanto peso. Puede ser muy bien que en la isla de Babilaria sean los hombres los que manden en la realidad, así como en muchos países de Europa lo son las mujeres. Manifesté mi modo de pensar á Zindernein.

Al día siguiente le dije que iría á ver la plaza mayor de la ciudad. Fuimos allí en efecto, y confieso que pocas en Europa la igualan en belleza. Es de figura octagonal, y tiene trescientas toesas de ancho: todas sus casas son de una arquitectura noble y dispuestas con simetría. En medio está la estatua ecuestre de la reina Rafula, la cual reinó hace cincuenta años, y es la que mandó construir tan soberbia plaza, al rededor de la cual se ven las estatuas de todas las mujeres, que desde que manda su secso en la isla, se han distinguido por su raro mérito. Estas estatuas no solo representan á las grandes Generales de los ejércitos, sino tambien á las sabias jurisprudencias, á las famosas matemáticas, poetisas, oradoras &c. &c. A cada lado del octágono, hay una Académia: la primera destinada á las Matemáticas, la segunda á la Física, la tercera á la Moral, la cuarta á la Historia, la quinta á la Elocuencia y á la Poesía, la sexta á la Escultura, Pintura y Arquitectura, la séptima á la Música y la octava á la Maquinaria en

general. Todas estas Académias están llenas de personas de un mérito distinguido. Se admite de cuando en cuando en ellas á las damas de primera calidad, no tanto en razon de su rango y nacimiento, como á causa de su mérito personal y saber, y cada Académica ántes de que se la reciba ha de haber dado una prueba pública de su capacidad.

CAPITULO SÉPTIMO.

Meyachs Gobernadora del primer puerto de la isla, se enamora de Gulliver y él de ella. Meyachs roba á su amante, librándole de la esclavitud tanto á él como á sus compañeros, y huye con ellos en un navío que habia mandado preparar con este fin.

Aunque yo estaba á menudo en compañía de Zindernein, me dejaba sin embargo cuando tenia que ir á dar sus órdenes por el Serrallo. Durante todo aquel tiempo, no por eso quedaba yo solo, pues me asistia una numerosa comitiva compuesta de hombres y mujeres. A veces tambien me divertia con algunas Damas de distincion. La que me pareció mas asidua en hacerme la corte fué la Gobernadora del Puerto de Pataca, á dos leguas de Villareal, mujer de un nacimiento muy noble, rica, jó-

ven, viva, espirituosa, de una belleza completa, y de un carácter muy amable. Gustóme tanto, que miraba con mucha indiferencia la gloria de ser marido de la Reina; pero yo no podía declararla mis sentimientos sin faltar á la decencia, y conocia muy bien, lo arriesgado que era para mí aquel enamoramiento; pues no podía dejar de penetrar, que ella estaba igualmente enamorada de mí. A pesar de todas estas reflexiones preví, que mi corazón no podría resistir largo tiempo á un objeto tan encantador.

Entró esta mujer á mi aposento una vez cuando ya todos los demas habian salido, dejándome solo con algunos esclavos, quienes al verla se retiraron tambien, por el respeto que la tenian. Meyachs [pues así se llamaba] aprovechó aquel momento para decirme en un tono muy tierno; que era una gran desgracia para mí, el ser tan hermoso; que mis encantos la habian inspirado los sentimientos que causarian toda su desdicha, supuesto que yo habia llegado á interesar el corazón de la Reina, « ¡Ay de mi! añadió, en un tono mas animado, ¿por qué permitió la suerte que entraseis en el Serrallo de Su Magestad? ¿por qué no os ví yo ántes? ¿por qué no quiso el destino, que Zindernein fuese ciego á vuestras prendas? ó á lo ménos, ¿por qué no lo soborné cuando desembarcó en la isla ántes de la presa de vuestro navío? Entónces yo so-

*

la habria tenido la dicha de conoceros, y tal vez de agradaros.”

Como esta declaracion me causaba un estremado placer, no tuve por conveniente contenerme en aquel instante, imitando una severidad aparente, como se acostumbra en ocasiones delicadas, fingiendo enojarse de lo mismo que desean oír. Una vez que me haceis una declaracion tan tierna y tan libre, le contesté, como os creo sincera, no tendré dificultad alguna en confesaros por mi parte, que siento todo el valor de vuestros sentimientos, que vuestro mérito ha hecho en mí, una impresion vivísima; de modo, que si Su Magestad no me hubiese destinado para la gloria de ser su Esposo, yo me habria creído sumamente feliz, de serlo vuestro, cuanto mas que nuestro enlace aunque ménos glorioso, habria tal vez sido mas sólido y verdadero; pero no hay que pensar en ello: sofocad unos deseos que ofenden mi gloria, y que podrian seros funestos.

“¡Ah cruel! me respondió.” Ya está visto, vos quereis mi muerte. La Reina no os ha dado todavía la mano, y en la vuestra está el hacerme feliz, sin destruir vuestra fortuna: casaos con la Reina, pues no hay otro remedio, ya que yo no puedo oponerme al cumplimiento de vuestro destino; pero á lo ménos, permitid que yo os ame, tolerad mis tiernos respetos, y dejadme con la lisongera esperan-

za de , que vuestro corazon no lo desapruera.

Nunca habia visto en mujer alguna , tanta pasion como la que Meyachs me manifestó en aquel instante. Como por mi parte , ardia yo tambien de amor por ella , no pocas veces me viniéron deseos de seguir los estilos de mi patria , y portarme como galan europeo. Unas veces la naturaleza me avisaba de que era hombre , y otras me lo hacian olvidar el parage, la situacion y el papel de hombre afeminado que me tocaba desempeñar : me embarazaban en extremo , no sabiendo si debia manifestar atrevimiento ó temor , vivacidad ó comedimiento. Sin embargo Meyachs, continuaba con sus discursos tiernos y animados , y yo defendiendo mi virtud cuanto mas ella intentaba seducirme. Suplico á las damas Inglesas , que tengan la bondad de disimularme estas imágenes y espresiones contrarias á nuestras costumbres , pero adaptadas á las de la isla de Babilaria , y á la situacion equívoca , en que entonces me hallaba.

Sin embargo , me vino al pensamiento el aprovecharme de la disposicion de Meyachs y de su violenta pasion ; no para satisfacerla y contentar la mia ; mas , si , para recobrar mi libertad , si fuese posible. Meyachs , la dije , es imposible que jamas ceda en nada á vuestros deseos , ni que aguante el que vos suspireis ya mas por mi. Cuando yo tenga el honor de ser marido de la Reina , si sois tan temeraria , que

os atrevais á hablarme todavía de vuestra pasión, os haré desterrar para siempre de mi presencia. Sin embargo, no niego que os amo tiernamente, y que á pesar de la gloriosa suerte que me está reservada, nada desearia con tanto ardor, como es verme vuestro esposo. Últimamente, no seria esto un deseo estéril y quimérico, si por vuestra parte tuvieseis bastante valor, para secundarme, y elegir un partido de los dos que me atrevo á proponeros. El primero consistiria en desviar á la Reina, si fuese posible, del designio que ha formado de darme la mano. Sacrificándoos el ilustre rango á que Su Magestad me destina, os pruebo suficientemente cuanto habeis sabido agradarme; pero como este medio tal vez os parecerá impracticable, pues es peligrosa la empresa de curar la pasión de una Princesa, prefiero proponeros otro partido. Vos sois la Gobernadora del puerto de Pataca, y todo cuanto hay en dicho puerto depende de vos. Mandad que se arme allí inmediatamente un navío, en el cual entraré secretamente con vos; y entónces habiéndome sustraído del poder de la Reina, satisfaré vuestros afectos y los míos, sin temor de perdernos uno á otro.

Ya veo que esto os costará todos los bienes y títulos que poseeis en esta isla, de la cual, con este paso os desterrais para siempre: pero si vos me amais verdaderamente y

sin reserva, vuestra generosidad os saldrá menos costosa.

Meyachs que me había escuchado con atención, cayó en una profunda distracción: después de haber estado largo tiempo sin hablar, rompió el silencio con un suspiro, y me respondió, que se trataba de tomar una resolución muy estraña, que el verdadero amor, no conocia política, interés, ni peligro; y pues yo tenia suficiente valor para hacerle el sacrificio de la mano de la Reina, ella debia tener tambien el de sacrificarme sus riquezas y honores; que no habia ningun peligro, al que ella no estuviese pronta á esponerse, para probarme lo agradecida que estaba á mis bondades para con ella; que ya habia tomado su resolución: y que como yo tenia que casarme con la Reina, sin pérdida de tiempo no habia que titubear en nada, pues ella se esforzaria en llevarseme la noche del dia siguiente, é introducirme en un vajel; que por fortuna, estaba pronto á levantar áncoras en la rada de Pataca.

Esto no basta, le dije; es preciso que me concedais la libertad de todos mis compañeros de viage esclavos de diferentes habitantes de esta ciudad, que los han comprado. De que suban con nosotros al vajel, y que una parte de mi dicha pueda recaer sobre ellos. Haré cuanto me pedís, respondió Meyachs, quiero conducirlos triunfante á vues-

tra patria, y me tendré por muy dichosa de pasar con vos el resto de mi vida en las tierras mas lejanas.

Como yo sabia el paradero del capitan Harington, quien habia venido á verme, luego que supo mi suerte, lo participé á Meyachs, y esta me prometió que le enviaria á buscar en secreto, y le avisaria que se hallase en el camino de Pataca, al dia siguiente, con todos los compañeros cautivos que podria reunir. Entónces ella me dejó, jurándome un eterno amor y una fidelidad inviolable, y fué á disponerlo todo para nuestra partida.

Yo pasé lo restante del dia en una estremada agitacion, causada por el temor, de que nuestra maquinacion quedase frustrada; porque en tal caso preveia las mas horribles desgracias. Me habria perdido lo mismo que Meyachs y habria tenido el sentimiento de haber sido el autor temerario de su pérdida. Para no descubrirme á pesar mio, y á fin de ocultar mi turbacion á los ojos importunos de una Corte que todo lo traslucia, juzgué á propósito el suponer una indisposicion y meterme en la cama. En este estado de inquietud y perplecsidad me hallaba [si me es permitido emplear esta estraña comparacion] del mismo modo que el autor de una tragedia nueva que va á representarse por la primera vez en el teatro de Lóndres; oculto en el fondo de un

palco obscuro, agitado alternativamente por la esperanza y el temor, desde que la pieza se ha empezado y se entrega á la alegría, ó á la tristeza, segun los diversos movimientos de los espectadores, de quienes depende su suerte. La risa le aflige, y el llanto le regocija. El deseo de un feliz écsito le arrebatata, el recelo de los silvidos le aterra; titubea en la incertidumbre hasta al último acto que decide de su suerte. ¡Ay! Nada era tan trágico para mí, como lo que yo me habia atrevido á tramar. Se trataba de recobrar mi libertad, y hallarme presto con Meyachs, al colmo de mis deseos, ó vernos entrambos víctimas de la venganza terrible de una Reina, despreciada y vendida.

Mientras que yo estaba en esta cruel crisis, alarmada la Reina de mi supuesta indisposicion, me hizo el honor de venir á verme, acompañada de Zindernein; el esposo que habia tenido aquel año, acababa de ser licenciado y despedido; con lo que lo volvieron al Serrallo: de modo, que ella aguardaba con suma impaciencia el dichoso dia destinado para la celebracion de su nuevo casamiento.

Como me halló muy abatido, ella temió que mi indisposicion no retardase el cumplimiento de sus deseos. Su Magestad me habló con mucha bondad y afecto; y no pude disimular que en aquel momento yo sentia algunos remordimientos de mi perfidia; lo que fué para mí un nuevo aumento de pena, que

aumentó mi turbacion. Pero el deseo de la libertad, la esperanza de volver á ver mi patria y mi familia, y la pasion violenta que yo sentia por la adorable Meyachs, pudieron mas que mi sensibilidad y mi reconocimiento, y yo persistia constantemente en el peligroso designio de hacerme robar.

Su Magestad me rogó, que cuidase mi salud, y que no me dejase abatir; despues de haberme manifestado el tierno interes que tomaba en mi curacion, salió con un aire triste é inquieto, y me dejó con Zindernein, á quien habia cobrado mucha estimacion y amistad, de modo que la idea de haber de separarme de él y dentro de poco, aumentó mi tristeza y mi pena. Yo habria querido poderle confiar mi asunto: y persuadirle á seguirme; pero ni tan solo me atrevia á hablarle de ello, temiendo que su austera virtud é incorruptible fidelidad, no pusiesen un invencible obstáculo, al cumplimiento de mis designios. Tambien recelé el comprometer á mi amante, á quien yo era deudor de tantas obligaciones, y amaba con el amor mas tierno y mas vivo.

Las Rebecasas de la Reina [mujeres instruidas en la medicina] entraron entónces en mi cuarto, y despues de haberme tomado el pulso, que hallaron muy alterado, empezaron á consultar entre sí sobre mi supuesta enfermedad. Las unas sospecharon que yo tenia un abceso en la cabeza; otras decian que eran

esquirros en el hígado; y últimamente habia otras que creian, que lo que yo tenia era una indigestion. Una de ellas me queria hacer sangrar del pie, y otra era de parecer de hacerme tomar una especie de emético.

Si yo hubiese seguido su parecer, me habrian hecho tomar dos mil remedios, y tal vez hubiera tenido la misma suerte que hoy tienen tantos Príncipes y Caballeros de Europa, do quienes el escesivo zelo por la conservacion de su preciosa ecsistencia muchas veces ha sido la causa de su pronta muerte. Dije en alta voz á todas las curanderas que no estaba enfermo, y que mi ligera indisposicion sin su socorro en breve seria curada.

Efectivamente, el dia siguiente me levanté y al principio me entretuve con Meyachs, quien por la mañana vino á verme. Esta me dijo que todo estaba preparado; que ya habia dado sus disposiciones; que Harington estaba avisado, y le habia prometido hallarse por la tarde con todos los ingleses en el camino de Pataca: añadió que no veia ningun obstáculo en el suceso de la empresa; que por la tarde yo pondria una parte de paseo en calesa del lado de Pataca, que Zindernein y ella tendrian el honor de hacerme compañía..... ¿Pues que? interrumpí yo, ¿acaso Zindernein es del complot? No, me respondió Meyachs; pero vos no podeis segun lo ecsige el decoro, salir á pasear conmigo á solas, sin que haya un hombre que

nos acompañe, y este hombre, que no puede ser sospechoso en Palacio será Zindernein. Cuando estemos cerca del puerto, muchas de mis mujeres, que nos seguirán á caballo, se pondrán espada en mano, á una señal que ha quedado convenida entre nosotras. Al instante Harington, que ya he instruido de cuanto debia hacer, comparecerá con su gente muy bien armada. Unidos á nuestras mujeres, desbaratarán fácilmente la guardia real, y presentándonos al puerto, dentro de poco, subiremos al barco preparado, y despediremos á Zindernein. El tiempo y el sitio quedan señalados para la egecucion, y si Harington es fiel á la palabra que me ha dado y tiene suficiente valor; nuestra empresa no puede dejar de salir bien. Pues que Harington os dió su palabra, le repliqué, ya podeis contar con él y su gente; no es capaz de faltar á su promesa; por otra parte se interesa muchísimo, como tambien sus compañeros, en el buen écsito de la empresa.

Manifesté mucha alegría lo restante del dia y toda la corte me dió la enhorabuena por el restablecimiento de mi salud. Le hicieron el obsequio de decirme que la indisposicion de la víspera me habia dejado mas hermoso, y se burlaron infinito de las curanderas, que habian querido agotar en mi persona todos los remedios de su arte.

Pero mientras que toda la Corte se regocijaba de mi supuesta convalecencia, y que

se ocupaba con placer en los soberbios preparativos rodados para la ceremonia de mi casamiento, la noticia de un funesto accidente sumergió los espíritus en una estremada tristeza, por el temor de la impresion que esta desgracia podia ocasionar á Su Magestad. El hermoso é infortunado Sivilon, que se habia lisonjeado del honor de casarse con la Reina con preferencia á todos los demas, temiendo por sus encantos alguna mengua, por el retardo de un año, avergonzado de ver frustrada su esperanza, y figurándose tal vez que S. M. enamorada enteramente de mi, podria detenerme largo tiempo á su lado, se habia entregado á la última desesperacion, y en los transportes de su estremado dolor, aumentando por su natural melancolía, por la noche se habia clavado un puñal en su seno; de modo que la mañana siguiente lo hallaron bañado en su sangre y sin vida. Se recelaba que la Reina la cual la amaba tiernamente, y que ántes de conocerme, habia tenido la idea de casarse con él, en el mismo año, no estubiese vivamente conmovida de su trágica muerte, de la cual ella era la causa, y como tenia el corazon tan bueno, se abandonase demasiado á su pesadumbre. Pero S. M. habiendo sabido este accidente, se afligió mucho ménos de lo que se afligen ordinariamente las damas inglesas, por la muerte de su perro favorito. Esta heróica sensibilidad fué una brillante prueba del impe-

rio que yo tenia en su corazon.

Habiéndose presentado por la tarde Meyachs á mi lado, como habiamos quedado, propuse á Zindernein el ir á pasear los tres juntos ácia Pataca: dentro de poco subimos en una cale-sa, seguidos de unos veinte guardias á los que se juntaron en el camino mas de cincuenta caballeros y demostraron querer tomar parte al placer de la paseada y tener el honor de escoltarnos. Sin embargo yo estaba muy inquieto, y lo mismo le sucedia á Meyachs, y Zindernein no sabia á que atribuir el lánguido silencio que guardábamos entrambos. Nos veia sin cesar dirigir la vista á una parte y otra, y observaba en nuestras miradas cierta especie de temor y turbacion, que es que lo inspiran por lo regular las empresas atrevidas y peligrosas.

Cuando nos hallámos á la vista del puerto, cerca de un pequeño bosque, vimos salir de allí un sin fin de hombres, que iban delante de nosotros. La guardia Real quedó sorprendida, al ver tan gran número de hombres sin haber entre ellos ni una sola mujer; y no pudieron dejar de reirse. Pero quedaron mucho mas admirados cuando á una seña de Meyachs vieron todos á aquellos hombres de quienes se burlaban, sacar los sables de debajo sus vestidos y avanzar con un aire amenazador y guerrero. La guardia quiso hechárseles encima, pero todas las demas ginetas del complot, habién-

dose puesto pistola en mano, las detuvieron y en breve los hicieron huir.

Zindernein se mostraba desesperado, y quería darse la muerte. Pero Meyachs le declaró en aquel momento que habia resuelto robarme, para casarse conmigo en algun pais extranjero. Le aconsejó que nos siguiese; ya veis le dijo, que la Reina que os ha confiado el cuidado de este hermoso jóven, no os perdonará jamás su robo. Ella os creerá cómplice de mi atentado, ó á lo ménos culpable de descuido y cobardía. Lo ménos que os puede acontecer será perder vuestro cargo y su gracia. Para persuadirle mejor, le dije que cuando la Reina le perdonase, y él pudiese justificarse con ella, de ningun modo debia permanecer mas en un pais en el que los hombres están indignamente dominados por las mujeres. ¿Acáso no os he visto gemir, añadí, de este vergonzoso trastorno de las leyes de la naturaleza? Venid con nosotros, dejad que se os conduzca conmigo á Inglaterra en donde sereis honrado como merecis. He hecho poner en el bajel, dijo Meyachs, interrumpiéndonos, una cajita llena de piedras preciosas; de este modo en cualquier paraje que hagamos estacion, siempre serémos felices, porque somos ricos; Gulliver os quiere y es querido de vos, él hará vuestra dicha y yo partiré mis caudales con entrambos.

Zindernein habiendo reflexionado un poco, nos dijo, que ya que no habia remedio á lo he-

cho, se resolvia á acompañarnos ; no dejando de ver el riesgo á que se esponia si se quedaba en la isla ; y como no tenia hijos , nada le detenia en ella con lo que seguiria de muy buena gana nuestro destino , cualquiera que fuese.

Así que llegámos al puerto , saltamos de la calesa ; y nuestros ingleses llegaron casi tan pronto como nosotros. Las damas habiendo dejado sus caballos entraron en una lancha y fuéron á apoderarse del bajel , que estaba anclado. En seguida hicieron entrar en él á todos nuestros ingleses. Las marineras y todas las mujeres de la tripulacion quisieron en vano hacer resistencia , pues habiéndose presentado Meyachs , todo cedió á sus órdenes , de modo que las de á caballo junto con nuestros marineros quedaron dueñas del bajel , al que subimos inmediatamente Meyachs , Zindernein y yo. Así que estubimos dentro , se alzó el áncora , y nos dirigimos ácia al Oeste , quedando decidido que Meyachs tendria el mando del navío durante el viaje , y que Harington seria su segundo. Nuestros marineros fuéron los únicos que se encargaron de la maniobra , bajo la conducta de nuestro piloto , hombre hábil y lleno de esperiencia ; y las mujeres Babilarianas , cuidaron de defendernos en caso de ataque.

CAPITULO OCTAVO.

La Reina de Babilaria envia dos bajeles en persecucion de Meyachs. Combate sangriento.

Meyachs victoriosa queda herida de muerte.

El bajel fondea en una isla. Peligro en que el autor se halla.

El viento no era muy favorable, y al dia siguiente de nuestra partida, nos hallábamnos tan solo distantes seis leguas del puerto, cuando percibimos á lo léjos dos bajeles, que nos venian al alcance. Doblámos pues las velas, y resueltos á abandonarnos á la suerte, nos dirigimos al Sur: el viento que soplabá era del Norte. Sin embargo los dos bajeles nos seguian continuamente, y como eran mas ligeros que el nuestro, los vímos aprocsimar rápidamente. Juzgámos pues que nos alcanzarian ántes de hacerse noche, y nos preparámos para el combate. En efecto serian las cuatro de la tarde, cuando se nos unieron, y entónces vímos, como ya nos habíamos figurado, que eran dos navíos babilarianos, escoltados por mujeres segun el uso del pais.

Quando los dos bajeles estuvieron cerca de nosotros, nos enviaron la chalupa para noticiarnos las órdenes de la Reina, y nos mandaron entrar en el puerto; y en caso de no querer obedecer amenazaron atacarnos. Les

respondimos que no queríamos obedecer, y que estabámos resueltos á defendernos, si nos acometian. Sin embargo nos hallabámos todos afilarados sobre la cubierta: Meyachs al frente de todas las mujeres de su comitiva, con sable en mano: Harington y yo al frente de todos los hombres del equipaje, que no estaban destinados para los cañones, ni para maniobrar. Despues de muchos cañonazos de ámbas partes, los dos bajeles enemigos nos engancharon; y finalmente nos abordaron. El combate fué terrible y sangriento. Meyachs, hizo prodigios de valor, lo mismo que las demas mujeres que combatian con ella. Como para combatir tenían mas fuerza que nosotros, pues era mayor el número de gente; nos mezclámos todos, hombres, y mugeres y combatíamos con furia al lado de Meyachs, la que parecia temer mas por mí que por ella. En fin rechazámos á los enemigos, que estaban desesperanzádos de vencernos, y temiendo que nosotros entrasémos en sus bajeles, y nos hiciesémos dueños de ellos, juzgaron conveniente el alejarse.

Sin embargo no habíamos perdido mas que cuatro hombres y diez mujeres, que habian muerto combatiendo valerosamente; y unos veinte heridos de ámbos sexos. Pero lo que aumentó mi dolor, fué el ver á Meyachs bañada en su misma sangre. Esta siempre peleaba hasta el fin de los combates, y en este el ardor la habia impedido reparar en tres esto-

cadras que recibió, de las cuales la mas peligrosa, le traspasó los dos pechos. Nuestro Cirujano habiendo visitado sus heridas, aseguró ser muy peligrosas; casi daba por cierta su muerte y ella no dejaba de conocer el poco tiempo que le quedaba de vida. En semejante apuro, no la dejé un solo instante: y como me vió derramar copiosas lágrimas, ella misma tomó por su cuenta el consolarme.

«¿Podia esperar, me dijo, una muerte tan gloriosa? yo muero, no hay duda, y con las armas en la mano contra mi Soberana, ¿pero es acaso un delito á una vasalla el disputar con su Reina, el imperio y posesion de un corazon?»

«He defendido mi conquista, el amor no ha segundado mi valor; pero he vencido: el Cielo no consiente en que yo coja el fruto de mi victoria. Vivid, amado Gulliver. ¡Ay! Gulliver, yo muero, con el temor de no habitar siempre en vuestro corazon. Me siento aflijida por los penetrantes recuerdos que os causará mi muerte. Esforzaos: yo os ruego que me olvidéis, y apartaos en lo sucesivo de todo lo que pueda grabar mas en vuestra memoria el recuerdo doloroso de la tierna Meyachs. ¿De qué me servirá que me tengais en el pensamiento cuando yo ya no ecsista? vuestros recuerdos no me volverán la vida y no servirán mas que para turbar la vuestra.

En medio de estos odiosos heroismos, me dió todas sus pedrerias, y aconsejóme ven-

*

derlas cuando se me proporcionase la ocasion; temiendo que la vista de este regalo me recordase la triste idea de la que tanto me habia amado. Tambien recomendó á sus mujeres que me siguiesen por todas partes y me defendiesen valerosamente contra todos los enemigos que quisiesen atacarme. Poco tiempo despues espiró, causando mucha pesadumbre á todas las mujeres de la comitiva y de nuestra tripulacion inglesa, que su generosidad habia sacado de la esclavitud, y su valor habia impedido de volver á ella.

Quedé muy afligido de su muerte y me fué imposible el alcanzar esta insensibilidad filosofica que ella me habia encargado al morir. Yo perdia una bienhechora generosa y una amante firme. Harington y Zindernein no omitieron nada para apaciguar mi dolor, el que durante tres dias me hizo derramar un torrente de lágrimas. Me fué preciso en estos primeros dias esforzarme á tomar algun alimento para sostenerme; yo deseaba unirme con Meyachs, y la vida ya me era odiosa. Todas las mujeres que estaban en el bajel admiraron la bondad de mi corazon, y aumentaron su apego para conmigo.

Sin embargo íbamos siempre ácia el Sur, en donde el viento nos dirigia y procurábamos descubrir alguna Isla, para hacer agua, porque nuestro bajel habia sido armado de pronto y que nuestra marcha precipitada no nos

habia dado tiempo para proveernos de ella suficientemente. Por fin al cabo de unos ocho dias encontramos una muy pequeña, en la cual la habia con abundancia, y habiendo conjeturado que era una de los Molucas, resolvimos fondear allí. Entramos en una pequeña bahía que se hallaba al Oeste de esta Isla, y una parte de nuestros hombres y mujeres, habiendo saltado en la chalupa, tomamos tierra.

Nos adelantamos cosa de una media legua, para procurar descubrir algun medio, y habiéndonos acercado á un bosque, que se hallaba cerca de un monte, nos separamos un poco los unos de los otros, Harington fué por un lado con diez ó doce Ingleses y yo por el otro con cuasi otras tantas mujeres, sin ningun hombre. Las Babilarianas que tenian un estremado apego para conmigo, no quisieron de ningun modo dejarme ir con los Ingleses, juzgándome mas en seguridad con ellas. Todos íbamos armados y en estado de defendernos, en caso de ser atacados por los Insulares. Sin embargo andabamos con mucha precaucion, y procurábamos no apartarnos demasiado de los guardas.

Apenas mi poca tropa hubo andado un cuarto de legua á lo largo del bosque, cuando percibió un centenar de Salvages, que estaban sentados en la cima del monte. Al instante los vimos bajar rápidamente, y dirigirse ácia nosotros. Como el número de ellos era mayor que el nuestro, creímos desiguales las fuerzas, y juz-

gamos conveniente el retirarnos lo mas pronto posible ácia la orilla. Pero nos atajaron el camino. Entónces vímos unos grandes hombres desnudos, de los cuales la mayor parte tenían mas de seis pies de alto sin vello ni pelo de barba, pero el cútis era encarnado.

Habiéndonos envuelto, amenazaron de aporrearnos, si no nos quisiésemos entregar. También nos dispararon algunas flechas, con las que hirieron á dos de nuestras Babilarianas. Al instante se nos echaron encima, nos desarmaron y empezaron á desnudarnos. Como yo me hallaba al frente de la tropa fuí el primero que desarmaron y quitaron los vestidos. Pero ¡cuán sorprendidos quedaron al ver que la demas gente que me acompañaba eran todas mujeres, de las cuales la mayor parte eran jóvenes y bonitas. Este descubrimiento pareció regocijarlos mucho, y todos se pusieron á reir y bailar.

Sin embargo se me ató á un árbol, con ramas de mimbres y entónces fuí el triste espectador de una escena horrible. Estos Salvages groseros parecidos á los Sáticos fabulosos de la antigüedad, se arrojaron sin piedad sobre las mujeres, y satisficieron con tanto ardor sus pasiones siempre renacientes, que las desgraciadas víctimas de su brutalidad, sucumbieron la mayor parte de ellas, y perecieron entre sus brazos. Como tan solo estaban ocupados en el envilecimiento de sus deseos, y ya no se acordaban de mi, me desaté poco á poco, é internán-

dome en el bosque, sin que percibiesen, me puse ácia la orilla, donde ví con gran consuelo la lancha que la costeaba.

Así que nuestra gente me vió, se acercaron á tierra, y habiendo saltado al instante en la chalupa, les conté el peligro en que me habia hallado y la desgracia que aconteció á las Babilarianas, que me acompañaban. Juzgámos conveniente permanecer aun un poco mas en la bahía y costear la orilla, para ver si nuestros compañeros podrian tener la propia dicha que yo de escaparse del poder de los bárbaros. Pero viendo que esperabámos en vano, nos volvimos á bordo. Las Babilirianas que habian quedado en el bajel habiendo sabido lo que sucedió á sus compañeras, quisieron tomar venganza de ello; y rogaron al capitan que las llevase á tierra, para ir á atacar á los insulares. Se tuvo consejo sobre ello, y como no habiamos podido hacer agua en esta isla, quedó decidido ser preciso arriesgarse á todo. Bajámos pues á tierra unos ciento y treinta, entre los cuales habia cuarenta mujeres y unos noventa hombres, armados todos con sables, fusiles y bayonetas.

Marchabamos pues con buen órden ácia el sitio donde los salvages nos habian sorprendido, y solo hallámos á dos Babilarianas muertas de sus heridas. Luego fuímos al monte y subímos á su cima, en donde encontramos infinitas cabañas, no pusimos duda en que

este era el sitio del retiro de los Salvages: sin embargo reinaba allí un gran silencio. Nos acercamos sin hacer ruido y vimos al principio algunos Insulares durmiendo, nos internamos mas ácia dentro y vimos de léjos á nuestras Babilarianas atadas todas juntas y echadas cerca de una cabaña. Nos dirigimos á ellas y al instante algunos Salvages, de los que no dormian, empezaron á gritar, é hicieron un ruido que despertó á todos sus compañeros.

Nos echamos al instante sobre ellos, y habiendo herido á los primeros, los demas huyeron. Pero nuestras Babilarianas, rodeando la habitacion los detuvieron, y estropearon á una multitud de ellos. Las prisioneras que fueron al instante libertadas por nuestros Ingleses, habiendo vuelto á tomar sus vestidos y apoderado de sus armas, las que hallaron en la cabaña inmediata; se nos reunieron, y todos juntos acabámos de derrotar á los bárbaros. Como se hallaban arrebatadas de furor: quisieron reservar para darles mayor suplicio á aquellos que les parecieron habian sido los mas crueles. Efectivamente, ataron á diez de ellos y los condujeron á la orilla donde que quieras, que no quieras, los quemaron.

Despues de esta espedicion, en la cual nos portámos todos como valientes y esforzados, sin lo que nos hubierámos visto víctimas de los que lo fueron nuestras, nos internámos por lo intrincado de aquellos espesos y dilatados bosques,

siguiendo lo largo de la montaña, tanto para estar mas guardados y seguros de todo lance y sorpresa, como porque confiábamos encontrar abundante caza, que era lo que mas falta nos hacia en aquella situacion, é igualmente agua de la que estábamos escasos. Dividimónos, pues por varios puntos, tomando nuestras medidas para poder regresar á un centro comun, siempre que nos fuese necesario, lo que nos salió muy fácil, mediante colocar ciertos palos largos al traves de algunos árboles, con los cuales vinimos á formar una especie de cruces cuyo cabo delgado nos indicaba la direccion que debíamos tomar, para dar con el punto céntrico. En efecto la traza nos salió como nos habíamos figurado, y andando unos ácia lo interior del monte, aunque sin emboscarnos demasiado, y encaminándonos los demas, parte á la derecha, y parte á la izquierda, hallamos una fuente en la que saciamos nuestra sed, é hicimos llevar toneles para proveernos de agua.

Miéntas que una parte de nuestra gente se hallaba ocupada en esto, los demás se pusieron á cazar por el bosque, en el que mataron muchas piezas, las que habiendo sido llevadas á bordo; sirvieron para celebrar nuestra victoria.

Bien podrá figurarse el lector con quanto gusto lo haríamos, despues de los riesgos que habíamos corrido; porque para conocer á fondo, y apreciar como se debe una cosa que se dis-

fruta, no hay como verse en inminente riesgo de perderla; y tal acababa de ser nuestra situacion. Por fin nos veíamos libres ya de todo peligro y provistos de caza para algun tiempo, porque la dispusimos en varios adobos, á fin de que se pudiese conservar fresca mas de lo que nos fuese necesario, y finalmente nos habíamos en suficiente número para resistir á cualquiera corsario que tuviese el arrojo de que rernos apresar.

Y como, segun dicen los adagios vulgares, [todos los cuales son otras tantas verdades indisputables] el ejercicio saca maestro, y la experiencia es madre de la ciencia; lo que nos habia sucedido debia servirnos de aviso, y subministrarnos ideas de precaucion para lo venidero; con cuyo motivo ya no juzgamos conveniente permanecer mas tiempo en esta isla, temiendo que alguna tropa de Insulares viniese á acometernos, y su gran número acabase con nosotros.

Y no habria seguramente sido muy difícil el que se verificasen realizados nuestros temores, atendido á que los que habian podido librarse del estrago de nuestra carnicería, sin duda se apresuraron á dar parte del suceso á sus compatriotas, y que apoderándose de ellos el espíritu de venganza, y el deseo de coger nuestra embarcacion, y todo cuanto en ella teníamos, se reunirian en número considerable, y harian una batida general, como quien va á la

caza de alguna fiera, cuya guarida está en lo intrincado de algun bosque, en cuyo caso lo que se hace es cortar todas las avenidas para que no pueda escapar, y luego de tomados todos los pasos, ir abanzando ácia ella hasta encontrarla y esterminarla.

Nos retirámos pues á bordo, despues de tener allí los toneles, y estando seguros de que no quedaba nada nuestro en la isla, levantamos el áncora al primer momento que vimos que empezaba á soplar un viento favorable.

El designio de Harington, á quien yo habia entregado parte de las pedrerías que Meyachs me habia dado al morir, era de volver á Inglaterra, y ciertamente estaba mas seguro con este corto tesoro, que si hubiese tenido un buque lleno de mercaderias.

Yo tambien estaba deseoso de regresar á mi patria, aunque siempre con deseos de emprender nuevos viages, y ver paises, mayormente hallándome en estado de poder ser dueño y capitán de una embarcacion, cosa muy distinta de entrar con las condiciones con que me habia recibido Harington.

Los varios lances que me habian sucedido desde el instante que me embarqué por primera vez, y el haber salido bien de todo, me inspiraba una confianza de que siempre me sucederia lo mismo, y me hacia creer que la suerte me tenia destinado para ser con el tiempo uno de los hombres mas famosos de Inglaterr-

ra, y que no dejaria de oscurecer el nombre de mi padre, que tanto habia dado que hablar al mundo con sus extraordinarias aventuras. Emprendimos pues inmediatamente nuestro rumbo ácia las islas británicas y como en nuestro buque no habia género alguno, nos hubiera sido inútil dirigirnos á ningun otro parage: por lo que fuí tambien de su mismo parecer, y emprendimos el camino de Europa.

Cuanta debia ser nuestra alegría, viendo tan probable el término de nuestras fatigas, considérello el que se haya visto en algunas y léjos de su querida patria. Yo por mi parte puedo asegurar, que á pesar de cuantas deliciosas memorias pudieran ocasionarme apego á aquellos países, en donde habia hecho tan larga permanencia, todo lo sofocaba la deliciosa idea de volver al seno de los míos, y ver de nuevo aquellas tierras que me habian visto nacer. Pero ¿conseguí mi intento? ¿Llegué en efecto á Inglaterra? Esto es lo que no diré en esta obra, en la que me propuse únicamente hablar de cuanto me aconteció en la isla de Babilaria. Si otro dia me da la gana de tomar la pluma y describir algunos otros lances de mi vida, deseo que el lector que quiera enterarse de ellos, entre en la relacion que yo le haga sin conocimiento alguno preliminar; pues estoy cierto que lo que hubiere encontrado en esta obra, le dará una buena idea de cualquier otra que yo me atrevie-

se á presentarle, si llegase á verificarse este lance, pues todo puede suceder; si Dios me da salud y fuerzas, y no me quita la memoria de cuanto me ha acontecido en el discurso de mi vida, que ha sido siempre interesante por lo estraña y singular. Con esto baste de molestarte, amigo Lector, porque no puedo negarte que disfruto un placer estremo, recordando los lances de mi vida. Conozco que los demas no han de ser lo mismo, y que solo podrá agradarles en cuanto no sea pesado; porque mas vale dejar á los lectores con hambre, que sacios y repletos. No todos los escritores piensan así; pero es este el mejor modo de pensar, y con esto me despido, que ya es hora. Quiera Dios que te haya divertido, pues es todo lo que puede apetecer un escritor de mi clase. Vale.

FIN DEL VIAJE.



INDICE

de los Capítulos contenidos en el presente viaje.

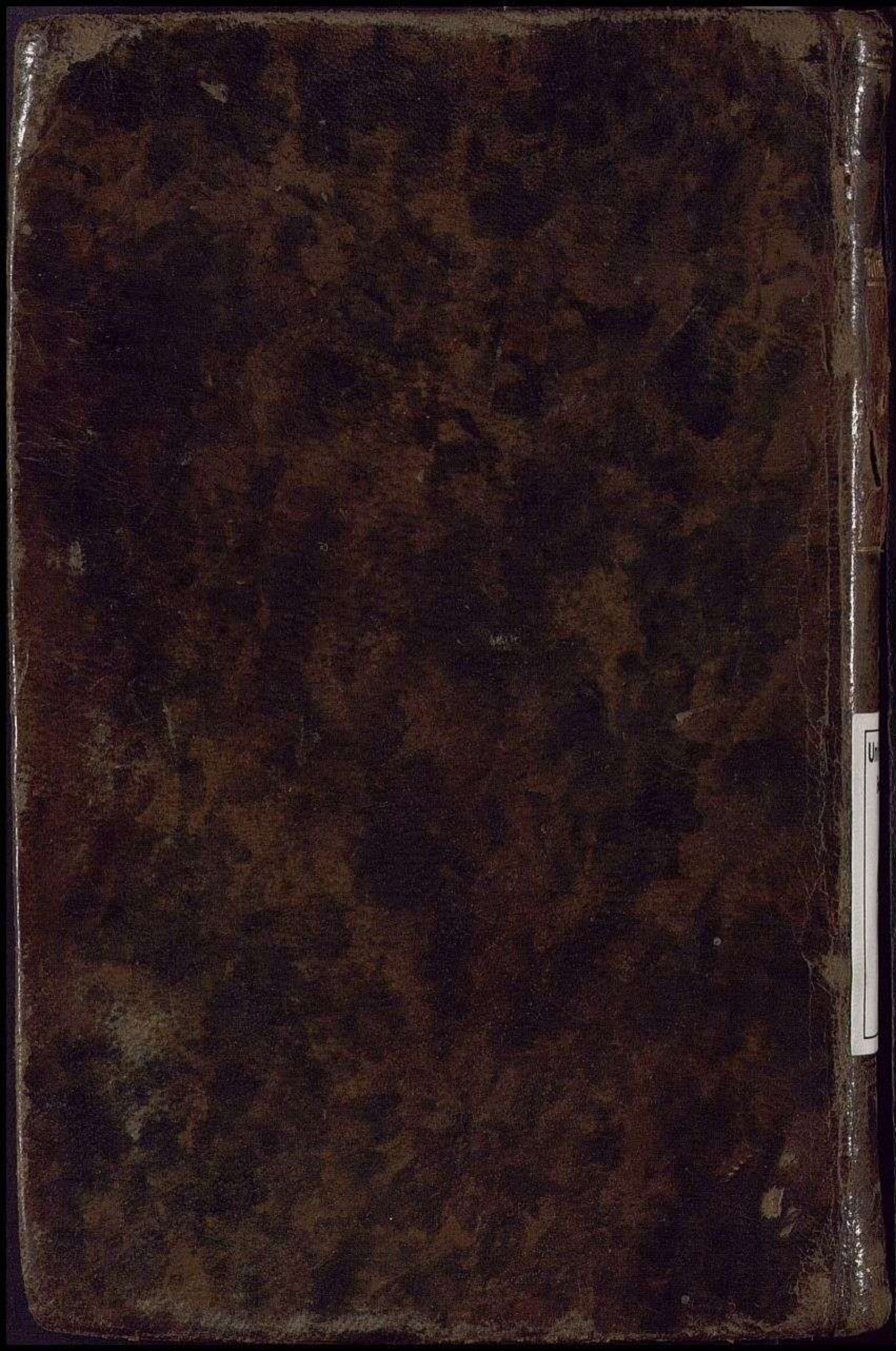
Pag.

- Cap. 1.^o *Educacion del autor. Su inclinacion natural á los viajes, su aplicacion al estudio; su disgusto por la filosofía. Titubea entre la profesion de hombre de negocios y de la literato. Se embarca para la China.* 1
- Cap. 2.^o *El buque sufre una violenta borrasca, y se ve arrojado al Occéano Oriental, donde le apresan unos corsarios de la isla de Babilaria. Gulliver se ve conducido al serrallo de la Reina.* 9
- Cap. 3.^o *Gulliver aprende en poco tiempo la lengua babilariana por un método singular y nuevo. Sus conversaciones con el Director del Serrallo, quien le descubre que los empleos y cargos del Estado los ejercen y desempeñan únicamente mujeres. Orígen de este uso.* 17
- Cap. 4.^o *Continuacion del razonamiento de Gulliver con el Director del Serrallo. Costumbres de las mujeres de Babilaria, y de los hombres de aquella isla. Descripcion del Serrallo. Retrato de los que estaban encerrados*

allí con Gulliver sus ocupaciones, celos, &c.	34
Cap. 5º La Reina va á visitar el Serrallo, y le presentan á Gulliver, quien tiene la dicha de agradarla, y queda nombrado y declarado esposo de la Reina para el año siguiente. Sale del Serrallo, y le alojan en un palacio.	39
Cap. 6º Literatura de las mujeres de Babilaria. Tribunales de los hombres. Religion diferente de cada secso. Mo- do con que las mujeres administran justicia, y desempeñan el ramo de hacienda y hacen el comercio. Acade- mias diversas.	46
Cap. 7º Meyachs, gobernadora del pri- mer puerto de la isla, se enamora de Gulliver, y éste de ella. Meyachs, roba á su querido, y al mismo tiem- po da libertad á todos sus compañe- ros, que eran esclavos, y huye con ellos en un navío que habia hecho preparar.	58
Cap. 8º La Reina de Babilaria envia navíos al alcance y seguimiento de la Meyachs. Combate sangriento, en el cual Meyachs quedó vencedora, pero habiéndola herido, muere. El buque hace alto en una isla desconocida. Riesgo que corre Gulliver por fin se embarca para Inglaterra.	73







Universitat de València
Biblioteca Històrica

A-101
199

EL NUEVO GULLIVER,

ó sea

JUAN GULLIVER,

famoso Capitan

A DE BABILARIA.

cho pais y aventuras singu-
lieron en aquella rara isla.

EL INGLÉS

MO INDICA

alo Fisco



Con licencia: Noviembre de 1832.

Barcelona: Imprenta de Ignacio Estivill, ca-
lle de la Boria.